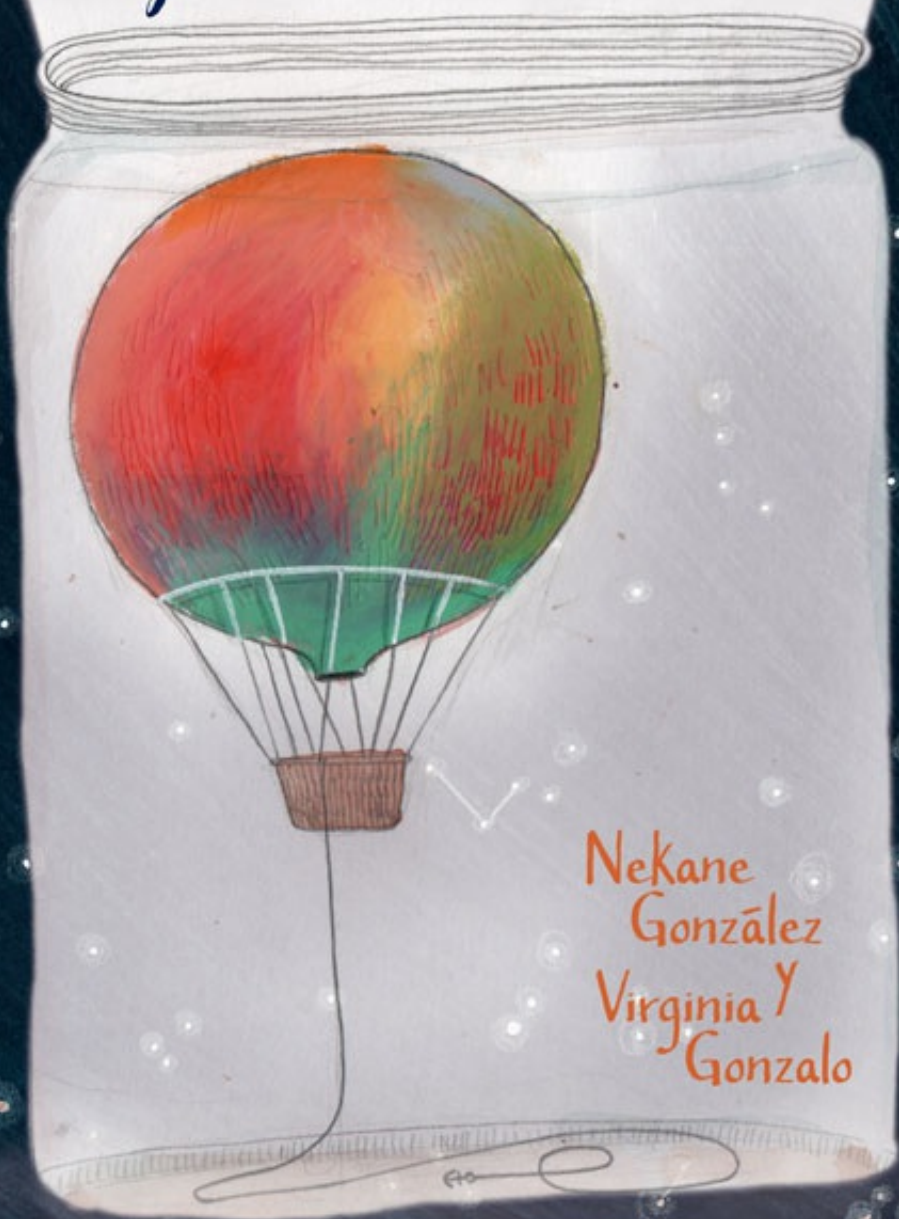


Cuentas para crecer por dentro



Nekane
González
Virginia Y
Gonzalo

NUBE DE TINTA

VIRGINIA GONZALO
NEKANE GONZÁLEZ

Cuentos para crecer por dentro

Ilustraciones de **Albert Arrayás**

NUBE **DE TINTA**

SÍGUENOS EN
megustaleer



@Ebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

*Cada cuento es un hilo de magia
que nos une al niño que un día fuimos.
Al niño que siempre está y siempre estará.
Nuestro niño interior.*



PRÓLOGO

¿Y si los cuentos no fueran tan solo un género reservado para los niños? O, mejor, ¿y si en realidad sí lo fueran y lo que ocurre es que nunca dejamos de crecer?

Algo extraordinario sucede dentro de nosotros cada vez que, como cuando fuimos niños, iniciamos la aventura de viajar a través de los cuentos. Por unos instantes, dejamos de ser quienes *fuimos* para convertirnos a lo largo de sus páginas en los protagonistas de una historia ajena. Es en ese preciso momento —cuando sustituimos al personaje y nos atrevemos a cargar con su espada, sostener su brújula o subirnos a bordo de su globo— cuando tiene lugar un milagro que transforma nuestra realidad para siempre: hemos creado un horizonte de posibilidad.

En un mundo que eleva a los altares lo real, lo pragmático y lo tangible, se hacen cada vez más necesarias obras capaces de recuperar el valor de los sueños, la ilusión y la imaginación. Si bien la experiencia se corona como la reina del aprendizaje y el

crecimiento personal, el poder de la imaginación se desestima para conseguir ese mismo fin. Con frecuencia olvidamos que es solo en los mundos de la imaginación donde nos hacemos capaces de visualizarnos libres de miedos e impedimentos, así como de alcanzar aquello que soñamos. Es en estos *mundos de posibilidad* donde la fuerza y el coraje se ponen a nuestro alcance, donde podemos recogerlos y regresar a nuestra *realidad* dotados de los recursos oportunos para andar el propio camino. Es imposible adentrarse en un cuento y tratar de volver de la misma forma que se partió. Ninguna persona es la misma cuando viaja.

No son el «érase un vez» ni las perdices del final los que determinan el inicio o el fin de un cuento. No es el final, sino la forma lo que dota de valor a cualquier historia. No es la victoria sobre el dragón, la picardía frente al lobo o la resistencia ante la bruja lo que nos provoca una lágrima o prepara una sonrisa, sino la forma en que cada personaje se rebela para hacer frente a su destino.

Ya lo dijo José Luis Sampedro, «leer es vivir la vida propia y la de otros». No le faltó razón. Y es que nada abriga tanto como la sensación, aunque sea por unos momentos, de percibir que podemos ser quien queramos; de sentir que todo es posible; de vislumbrar nuestro final feliz. Quizá ese sea el apellido de los cuentos: Esperanza. Quizá esa su función: recordarnos que hasta el punto final todos podemos crear nuestra historia.

Tienes en tus manos un libro escrito con una sensibilidad especial. Un libro de imaginación, emociones y crecimiento personal. Y, lo más importante, tienes en tus manos un libro escrito con corazón. Dos para ser exactos. Los corazones de Nekane González y Virginia Gonzalo, dos contrastadas profesionales de la inteligencia emocional que dejan en cada trabajo un doble legado: la capacidad de hacernos volar cuando nos sintamos *encadenados* y la capacidad de reparar nuestras alas cuando —por inconsciencia o desatino— nos hallemos abatidos.

PABLO ARRIBAS

Autor de *El universo de lo sencillo*

(@Pablo__Arribas)



LAS COORDENADAS DE LA FELICIDAD

El rey cerró el libro con fuerza. Apenas daba crédito a lo que acababa de leer. ¿Y si era eso lo que llevaba buscando tantos años? ¿Y si ese mapa le indicaba cómo encontrar definitivamente la felicidad?

Sin dudarlo, llamó a Sacha, su más fiel compañero de aventuras.

—Viejo amigo, deja cuanto estés haciendo y prepara el equipaje. ¡Mañana partimos hacia una nueva misión! Quizá sea la más importante a la que nos hayamos enfrentado nunca. Tengo el presentimiento de que al fin encontraré lo que llevo tantos años buscando —dijo el monarca.

Sacha le escuchaba con atención.

—El secreto está aquí —afirmó.

El rey abrió nuevamente el libro y le mostró a Sacha el mapa que contenía en su interior.

—¡Son las coordenadas de la felicidad! Según estas páginas, si encontramos los

diferentes puntos señalados en el mapa, daremos con ella. ¡Será fácil! Tan solo tendremos que hallar los tres símbolos que aquí se indican.

Sacha sabía lo importante que era para su majestad encontrar la felicidad. Había sido testigo durante muchos años de cientos de intentos fallidos. La primera vez fue el día de su coronación. Pensó que si se hacía con el poder sería feliz para siempre, pero no ocurrió así. Al poco tiempo de ser monarca, volvió a sentirse igual de incompleto que antes. Más tarde, decidió que se casaría con la mujer más bella del reino, y así lo hizo, pero solo unos años después su matrimonio fracasó por falta de amor verdadero. En un nuevo intento, adquirió las pieles y joyas más valiosas del reino, creyendo que si se cubría con los mejores ropajes y se adornaba con las más costosas alhajas se sentiría al fin bien consigo mismo. Pero por muchas monedas que gastara en ellas, tampoco así logró alcanzar la felicidad.

Pese a todo, Sacha admiraba al rey no solo por su perseverancia, sino también por la sabiduría que había ido acumulando tras años de constante búsqueda. Confiaba en que algún día, encontraría su tan ansiado tesoro.

Aquella mañana el rey y su inseparable amigo madrugaron más de lo habitual. Antes del amanecer ya habían puesto rumbo hacia su nueva aventura.

—¡El Bosque Prohibido! —pronunció el rey en voz alta mientras observaba el mapa—. De ahí parte nuestra ruta.

Al oír ese nombre Sacha comenzó a temblar. Para los habitantes del reino, el Bosque Prohibido siempre había sido un lugar al que acompañaban terribles leyendas. Hacía años que nadie se adentraba en él, pues según contaban, quien lo hacía nunca regresaba. El rey continuó hablando:

—Una vez allí, deberemos caminar en línea recta hasta encontrar el gran roble. Ese árbol será la señal que nos confirme que vamos en la dirección correcta.

Cuando alcanzaron la entrada del Bosque Prohibido, ambos intercambiaron una mirada cómplice. Había llegado el momento. Armados de valor, comenzaron a caminar en la dirección que indicaba el viejo mapa. Al principio anduvieron cautelosos y atentos a cualquier movimiento que se produjera a su alrededor. Pero poco a poco, sus temores se tornaron confianza e ilusión ante la idea de encontrar el primer símbolo marcado en el mapa.

De repente, Sacha dio un paso en falso...

—¡Socorroooooo! —gritó mientras caía.

Sacha había caído en una zanja cuya profundidad era al menos dos veces la altura de su cuerpo y ahora no podía salir. Inmediatamente, el rey acudió en su auxilio y, desatándose la capa, arrojó uno de los extremos hacia el fondo del agujero mientras sujetaba con fuerza el otro extremo. Tras grandes esfuerzos, Sacha logró alcanzar la superficie y respirar aliviado.

—¡Menudo susto me has dado, amigo! ¿Estás bien? —preguntó el rey mientras sacudía el polvo de los hombros de Sacha.

—Sí, majestad, no ha sido grave pero... ¿cómo ha podido pasar algo así? ¡En el mapa no aparecía ninguna zanja señalizada!

—¡Mmm, es cierto, Sacha! Según el mapa se trata de un camino completamente despejado —dijo el rey, incrédulo, mientras seguía revisando el plano—. Me temo que de ahora en adelante será mejor que no confiemos tanto en las indicaciones y que prestemos más atención por dónde vamos.

Una vez recuperada la calma, continuaron su camino hasta que alcanzaron el majestuoso roble. El rey, mirándolo con admiración, pensó en voz alta:

—¡Es curioso! El roble estaba claramente señalizado, mientras que por el contrario la zanja no aparecía en el mapa. Quizá fuera cavada años más tarde... Recordemos esta lección, Sacha: los imprevistos forman parte del camino.

Tras dar varios pasos hacia delante, prosiguió:

—En la vida ocurre algo parecido. Hay situaciones inesperadas que, cuando aparecen, deben afrontarse. Una cosa es lo que nosotros imaginamos y otra bien distinta lo que la realidad nos depara. Algunas veces coinciden; sin embargo, en la mayoría de los casos, no sucede así... ¡En marcha, amigo! No hay tiempo que perder. Nuestra aventura no ha hecho más que empezar.

—¿Hacia dónde nos dirigimos ahora, majestad? El mapa indica una señal de fuego al atravesar un riachuelo. ¿Qué significará?

—Solo hay una manera de saberlo, Sacha. ¡Siguiendo hacia delante! ¡Siempre hacia delante!

El rey y Sacha continuaron su camino hasta que un ligero olor a quemado les hizo detenerse. «Debemos de estar aproximándonos a la señal de fuego», intuyó el rey. Sigilosamente, siguieron avanzando hasta que dieron con la respuesta: ¡Un dragón! ¡Un dragón que escupía fuego por la boca!

Ambos habían oído hablar de estos inmensos y fieros animales, pero nunca habían

pensado que algún día se verían las caras con uno de ellos.

—¡Señor, volvamos antes de que sea demasiado tar...

Antes de poder terminar la frase, Sacha vio cómo el rey echaba a correr en dirección al dragón con su pesada espada en la mano. Como buen compañero, Sacha corrió tras su amigo intentando evitar la tragedia.

—¡Majestad! ¡Majestad! —gritó temiendo el peor de los desenlaces.

De la boca del gran dragón salió una enorme bola de humo que lo envolvió todo. Tras unos trágicos segundos, un imponente silencio se adueñó de aquel momento. El rey y el dragón habían desaparecido del camino.

Lentamente la nube de humo empezó a disiparse y, ante la incrédula mirada de Sacha, el rey apareció sacudiéndose el polvo de su traje. A sus pies, el inmenso dragón se había convertido en una pequeña lagartija que ahora huía despavorida por entre las piedras del camino.

—¿Cómo ha podido enfrentarse de ese modo al dragón? ¿No ha tenido miedo? —preguntó Sacha admirando la proeza de su amigo.

—¡Por supuesto que he tenido miedo! Pero ¿sabes qué he aprendido frente al dragón?

Sacha aguardó en silencio la reflexión del rey.

—Cuando he visto a la enorme criatura, al igual que tú, me he quedado petrificado. En ese instante, he recordado algunas de las situaciones en las que me quedé paralizado por el miedo y perdí la oportunidad de hacer lo que más anhelaba.

—¡Pero podría haber muerto entre las llamas, majestad! —interrumpió Sacha.

—Sin duda, pero frente al dragón aprendí que solo cuando nosotros nos hacemos grandes, el miedo se hace pequeño.

—¿Quiere decir que si nos enfrentamos al miedo lo podremos vencer?

—No sé si se pueden vencer todos los miedos. Lo único que sé es que si no lo intentamos, nunca sabremos si es posible. ¡Somos capaces de superar más situaciones de las que imaginamos!

—¿Y si sale mal? —insistió Sacha.

—¿Y si sale bien? Amigo, bien sabrás que nos arrepentimos más de lo que nunca llegamos a hacer que de lo que intentamos, aunque no funcione. Cuando dudes, hazlo.

Orgullosos de su hazaña, los dos aventureros continuaron su viaje.

—Majestad, ¿hacia dónde nos dirigimos ahora? ¿Qué dice el mapa?

—La siguiente señal que debemos encontrar es una llave antigua —respondió el rey.

—¿Una llave? ¿Y para qué vamos a necesitar una llave en mitad del bosque? —se preguntó Sacha.

Tras un largo paseo entre árboles milenarios y arenas pantanosas, dieron con un obstáculo de enorme tamaño. Se trataba de una vieja construcción amurallada presidida por una imponente puerta de hierro. Sin duda, la llave que debían encontrar abriría esa puerta, pero ¿dónde estaba la llave? Según el mapa, no debería de andar lejos. El rey y Sacha buscaron en los alrededores concienzudamente, pero sin fortuna. La llave no estaba allí. Desalentados, decidieron derribar la puerta ayudándose de algunas piedras y leños pesados, pero la puerta permaneció inamovible.

—Creo que nuestra misión termina aquí, Sacha. Lo hemos intentado todo y no hay manera de avanzar.

—¡Esperemos un rato más! —insistió su fiel amigo—. Quizá alguien salga por la puerta y podamos entrar en ese momento. Usted me enseñó que hay que luchar por lo que queremos.

Después de algunas horas de espera, la noche empezaba a caer y decidieron que era el momento de regresar al castillo. Al ponerse en marcha, un extraño ruido metálico sonó junto a la bota de Sacha.

—¡La llave, majestad! ¡He encontrado la llave!

Sin más tiempo que perder, la introdujeron en la cerradura. Un contundente *¡clac!* fue la señal de que la aventura aún no había terminado.

—¿Cómo es posible que, tras tanta búsqueda, la llave estuviera justo delante de nuestras narices? —preguntó Sacha en voz alta.

—No lo sé, amigo. A veces las cosas más obvias nos pasan desapercibidas.

—¡Pero si hemos buscado por todos los lados!

—No, por todos no —sentenció el rey—. Es cierto que hemos buscado en muchos lugares, pero no donde realmente se encontraba... ¡Justo delante de la puerta! ¿Cuántas veces habremos buscado las cosas por todos los lados menos por donde era de esperar encontrarlas?

Adentrándose en el terreno cercado por la muralla, el rey prosiguió con su discurso:

—A veces, las cosas más sencillas son las más complicadas de encontrar —reflexionó como de costumbre el monarca.

Una vez al otro lado, y tras caminar algunos pasos, encontraron un viejo y abandonado torreón. Era el lugar marcado en el mapa.

—¿Para esto hemos caminado hasta aquí? ¿Este es el lugar donde se supone que está la felicidad? ¿En una ruinoso torre abandonada? —protestó Sacha decepcionado.

—Paciencia, amigo. Hay lugares que, sin ser preciosos cofres, esconden los tesoros más valiosos.

A pesar de su desilusión, Sacha sentía curiosidad por saber qué podría esconderse en el interior del viejo torreón. Tras atravesar una puerta de madera carcomida por los años, los dos amigos empezaron a inspeccionar la zona. Al principio no vieron nada, tan solo algunos coloridos cristales esparcidos por el suelo que hacían que sus pasos resonaran de manera estridente. El lugar era lúgubre y oscuro, y apenas podían ver por dónde caminaban.

De pronto, los últimos rayos de la tarde comenzaron a entrar por una de las ventanas que aún quedaban en pie. El interior del torreón se llenó de luces provenientes de los coloridos cristales y, uno de ellos, el de mayor tamaño, reflejó un luminoso rayo de color ámbar en dirección a un rincón de la vieja construcción, donde se hallaba un antiguo cofre. ¿Estaría ahí el secreto de la felicidad?

Al abrir el cofre, no hallaron tesoro alguno sino que, en su lugar, encontraron un gastado pergamino atado con un fino cordel de oro. Suavemente, el rey tiró del hilo y, ante la atenta mirada de Sacha, leyó las siguientes palabras:

«LA FELICIDAD NO ES UN LUGAR.
LA FELICIDAD ES EL CAMINO».





UNA SUTIL DIFERENCIA

Fernando y Ernesto eran amigos desde la infancia: jugaron juntos, estudiaron juntos y crecieron juntos. La mayoría de sus recuerdos eran compartidos. Tras unos años donde sus vidas habían tomado caminos separados, aquel otoño el destino quiso que volvieran a juntarse. Y es que, tanto el uno como el otro, coincidieron en iniciar sus negocios en la misma calle del pueblo que les vio crecer. Fernando abrió una panadería; Ernesto, una pastelería.

Ambos tenían costumbres similares: abrían a la misma hora, comían a la misma hora y hasta limpiaban a la misma hora. ¡Parecían sincronizados! Solo había una cosa que los diferenciaba: mientras que Fernando siempre se sentaba sonriente a esperar a sus clientes, Ernesto pasaba la mayor parte del tiempo preocupado por que nadie ensuciara su preciado escaparate. Con unos pasteles tan apetitosos, no era extraño que los niños posaran sus manos sobre el cristal. Cuando esto ocurría, Ernesto fruncía el ceño y acudía a limpiarlo de inmediato. Siempre tenía un trapo preparado.

Pasaban los días y, pese a tener hábitos similares, el resultado en ambas tiendas era diferente: a pesar de los esfuerzos de Ernesto, era el escaparate de Fernando el que estaba siempre más resplandeciente y, por tanto, el que más clientes atraía.

«¿Cómo es posible que mi escaparate esté siempre sucio?», se preguntaba Ernesto. «¡Si no dejo de limpiarlo!» Poco a poco su ánimo fue decayendo, y empezó a descuidar

el trato con sus clientes. Si antes solo mostraba su enfado a los niños, ahora también lo hacía con cualquiera que acudiera a su establecimiento. Día tras día, su clientela disminuía.

Una tarde, después de cerrar, Fernando y Ernesto hicieron juntos el camino de regreso a casa. Durante el paseo, Ernesto se sinceró con su amigo:

—Necesito un milagro, Fernando. La clientela ha bajado demasiado en los últimos meses. Las cuentas no salen y si las cosas siguen así... ¡tendré que cerrar la tienda!

—Ernesto, ¡has dedicado mucho esfuerzo a este negocio! Sería una pena que tuvieras que cerrarlo. Vamos a hacer una cosa: déjame las llaves de tu pastelería y mañana te las devuelvo. Confía en mí.

Ernesto, desesperado, accedió a la petición de su amigo. Tal y como iban las cosas, no tenía nada que perder.

Cuando a la mañana siguiente llegó al establecimiento, no podía salir de su asombro.

—¡Fernando, Fernando! —gritó Ernesto irrumpiendo en la tienda de su amigo—. ¿Has visto cómo brilla mi escaparate? Dime, ¿cómo lo has logrado?

—¡Ay, mi querido Ernesto! Te conozco muy bien y llevo mucho tiempo observándote. Estabas tan obsesionado con que la gente viera lo mucho que brillaba tu escaparate que solo te preocupaste del exterior y olvidaste lo más importante: limpiar el cristal por dentro.

TODOS EL MUNDO BUSCA SOLUCIONAR SUS PROBLEMAS;
SOLO UNOS POCOS SABEN DÓNDE COMENZAR A HACERLO.





A TRAVÉS DE LA TORMENTA

Había pasado ya algún tiempo y, sin embargo, seguía sintiendo ese dolor con la misma intensidad. Ni aquellos duros años de hospital ni todos estos meses de ausencia habían logrado que se hiciera a la idea de su pérdida. Marino se había quedado sin uno de sus grandes motivos: ella. Estaba en un momento en el que ni siquiera el mar, su otra gran pasión, lo llenaba de la misma manera que lo había hecho siempre.

A Marino le encantaba navegar. Era lo que había hecho toda su vida. Desde niño, sus días habían transcurrido de puerto en puerto, entre barcos, sogas y puntos de amarre. No era de extrañar que hubiera encontrado sus momentos de máxima felicidad mientras navegaba.

Aunque algunas veces viajaba sin rumbo fijo, cuando más disfrutaba era cuando ambos planeaban un viaje y salían juntos en busca de nuevas aventuras. Marino amaba la forma que tenía su mujer de sumarse siempre a sus sueños. Y es que aunque ella no tenía nada que ver con ese mundo, desde que él la invitó a compartirlo, no dudó ni un segundo

en hacer suya la pasión de su marido. Allí, en el mar, escribieron los mejores capítulos de su historia de amor.

Al principio fue en un pequeño barquito que apenas les permitía separarse un instante. Más tarde, en el *Louise*, un velero hecho a medida expresamente para los dos. En su interior había tantas historias y recuerdos compartidos que, desde lo ocurrido, a Marino le resultaba mucho más difícil echarse a la mar. Ahora la ausencia de su mujer ocupaba demasiado espacio.

A pesar de todo, Marino se esforzaba todos los días por salir a navegar. Sentía que esos eran los mejores momentos, aquellos en los que se alejaba de sus preocupaciones y dejaba que el mar fuese meciendo su dolor. Allí, en su pequeño velero, disfrutaba de una calma que en tierra no conocía.

Aquel día, su paseo a bordo de *Louise* parecía especialmente tranquilo. Un sol radiante acompañaba a la brisa en mitad del mar. Marino, recostado sobre su asiento y cerrando sus enormes ojos tristes, logró por un instante bajar el volumen de sus pensamientos. De pronto, una fuerte sacudida lo despertó de su descanso. No entendía muy bien qué había sucedido, pues el sol seguía brillando y todo parecía en calma. No había terminado de recuperar la tranquilidad cuando sintió una segunda sacudida. En esta ocasión, la fuerza fue tan intensa que Marino se desplomó sobre la cubierta sin que le fuera posible agarrarse a ningún sitio. Fue entonces cuando vio que se avecinaba una fuerte tormenta que amenazaba con desestabilizar su paz.

Él sabía que esas situaciones nunca terminaban bien, por lo que intentó dar media vuelta y deshacer el camino recorrido. Pero sus intentos parecían inútiles. Cada vez que trataba de girar el timón, un golpe de olas se lo impedía.

Las nubes avanzaban a gran velocidad por un cielo cada vez más encapotado. A pesar de la tormenta, Marino, cuyo enfado iba en aumento, tomó la arriesgada decisión de izar las velas.

Mientras tanto, las primeras gotas de lluvia empezaron a mojar su cuerpo. Por experiencia sabía que ese era el comienzo de una fuerte lucha contra el mar. De poco sirvió el chubasquero desgastado que logró ponerse para protegerse del frío y la lluvia: Marino se caló hasta los huesos.

Cada vez más enfadado, siguió desafiando al destino y combatiendo el temporal. Caía y se levantaba una y otra vez tratando de mantener su embarcación en pie, pero todos sus esfuerzos eran en vano. Cuanto más se enfrentaba a la tormenta, con más fuerza azotaba

el vendaval a su velero. Los relámpagos resquebrajaron el mástil y rompieron en jirones las velas que poco antes se había empeñado en izar.

Llegó un momento en el que, exhausto de tanto luchar contra la tormenta, Marino cayó rendido en cubierta. Aturdido y entre lágrimas de impotencia y desesperación, decidió tumbarse y dejarse llevar.

Pasadas unas horas, una ráfaga de luz deslumbró su rostro y, lentamente, comenzó a recuperar el conocimiento. «¿Cuánto rato habré pasado así?», se preguntó desorientado. Sin tiempo para hallar una respuesta, una nueva ráfaga cegó sus ojos por un instante y, haciendo grandes esfuerzos por incorporarse, se dispuso a ver de dónde procedía aquella luz.

«¡Un faro!», balbuceó entre lágrimas de emoción. «¡Un faro!» Sin saber con certeza si era real o fruto de su imaginación, Marino divisó tierra. Su corazón empezó a acelerarse mientras se afanaba por llegar allí cuanto antes.

A medida que se acercaba, fue recogiendo los trozos de las velas que habían sobrevivido al temporal. Las nubes habían desaparecido y el sol volvió a lucir en el cielo. Cansado, pero con una sensación de calma, Marino fue aproximándose a tierra.

Cuando estuvo lo suficientemente cerca, bajó de su velero y se acercó al faro silenciosamente. Sentía especial admiración por estos lugares, pues desde que tenía uso de razón siempre habían sido sus mejores guías en la noche y sus más fieles compañeros. Al llegar junto a aquella construcción luminosa, pudo leer su nombre en una vieja placa oxidada por el paso del tiempo: FARO VALENTÍA. Algo en su interior resonó de manera especial.

Poco después, inició un paseo a lo largo del malecón que acompañaba al faro, contemplando las hermosas vistas de lo que parecía ser una isla. Adentrándose entre la frondosa vegetación que lo rodeaba, llegó a un pequeño poblado, donde pudo observar a sus habitantes conversando alegremente. Cuando le vieron aparecer no se sorprendieron: parecía que le estaban esperando.

—¡Hola! Soy Aprendizaje, el jefe de la tribu —le saludó con naturalidad uno de ellos.

—¡Hola! Yo soy Marino... Me he perdido tras un fuerte temporal —dijo en voz baja.

—Lo sabemos, Marino, ¡bienvenido! Ahora estás donde tienes que estar: nadie se encuentra perdido si no sabe adónde va —sentenció Aprendizaje—. Además llegar aquí no es fácil y tú lo has conseguido —prosiguió.

—Ehhh... gracias... —titubeó sin poder pronunciar muchas más palabras.

—Hola Marino, yo soy Aceptación. Sé que ahora estás un poco aturdido por la tormenta, pero en cuanto entiendas qué ha ocurrido recordarás este trayecto como una experiencia inolvidable y necesaria.

Antes de que Marino pudiera responder a Aceptación, otro nativo se acercó despacito y con su dulce voz le dijo:

—Hola, Marino, yo soy Experiencia. Toma un poco de agua. Aunque ahora no lo sepas, eres un hombre diferente al que partió en su barco antes de la tormenta. Todos crecemos por dentro tras su paso.

Impactado por la actitud de sus habitantes, Marino no pudo contener las ganas de preguntarles algo que le generaba gran curiosidad:

—¿Por qué sois tan felices y optimistas con lo difícil que es acceder a esta isla? —preguntó con curiosidad.

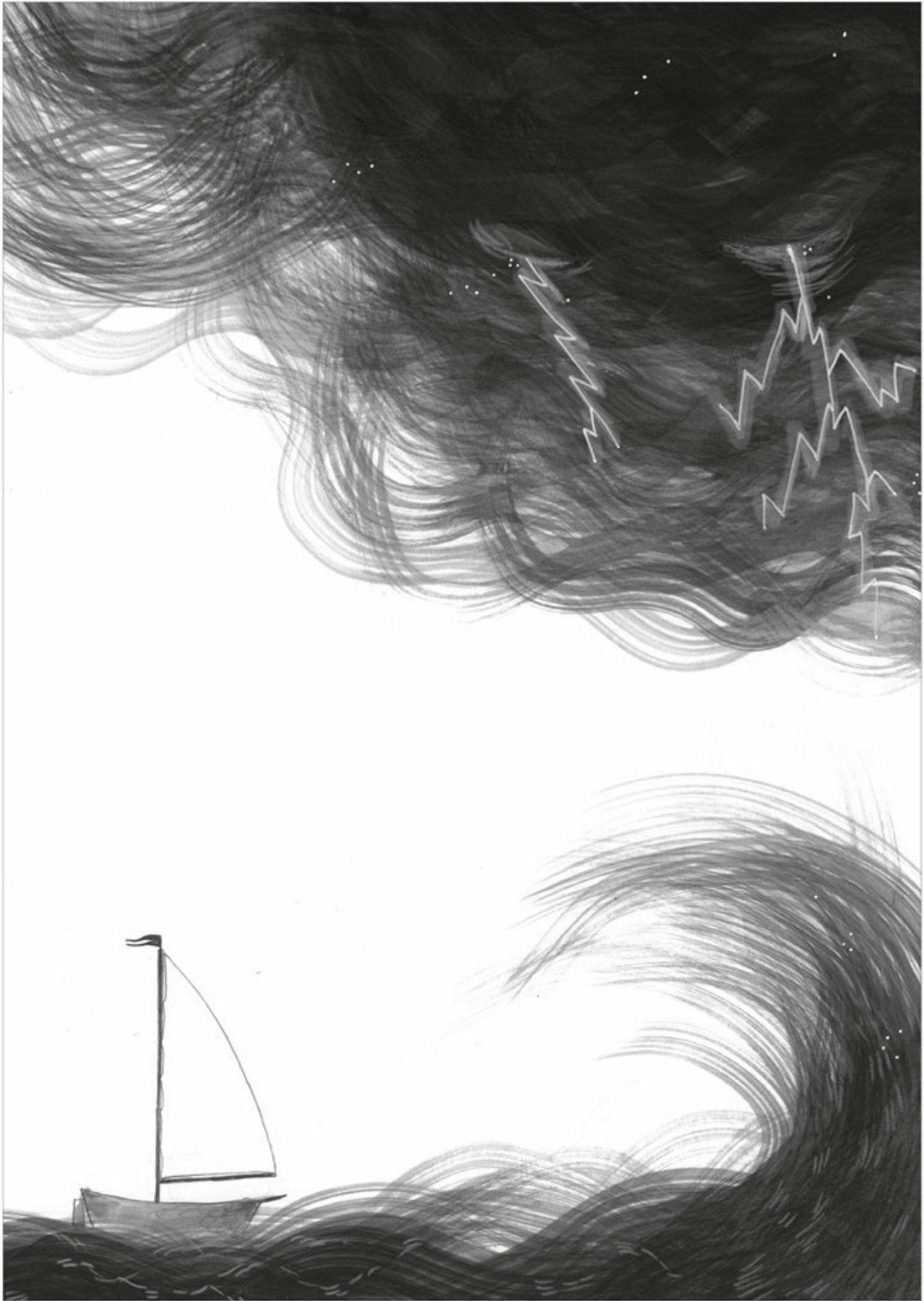
Otro de los nativos, Sabiduría, se acercó amablemente a él y respondió:

—Marino, en esta isla sabemos que todo tiene su proceso y que ninguna tormenta dura eternamente. Aquí todos hemos recorrido un camino similar. Y es que, en algunas ocasiones, para disfrutar de una isla es necesario atravesar una tempestad. Aquí sabemos que todos los momentos de la vida han de ser vividos para poder ser superados. Especialmente, aquellos que te rompen el corazón.

Tras unas semanas recuperándose en la isla, Marino decidió poner rumbo de vuelta a casa. Antes de embarcar en su velero, encontró un cartel de madera labrada que rezaba:

ISLA RESILIENCIA

PARA LLEGAR A LA ISLA DEL TESORO NO EXISTEN ATAJOS :
LA ÚNICA OPCIÓN POSIBLE ES ATRAVESAR LA TORMENTA.





LA OVEJA QUE NO QUERÍA SER NEGRA

Desde que Azabache nació, su vida había sido diferente a la del resto de las ovejas. Mientras que las demás eran muy tranquilas y demasiado aburridas, a ella le gustaba brincar por el prado cada mañana, salir en busca de mariposas con las que jugar y sentarse junto al arroyo para contemplar la puesta de sol. ¡Jamás se perdía ninguna!

Azabache siempre había notado que sus compañeras la miraban más de lo normal, pero nunca le dio demasiada importancia. Ella seguía brincando, cazando mariposas y disfrutando de los preciosos atardeceres.

A medida que fue creciendo, Azabache empezó a sentirse más y más sola. Nunca había tenido una amiga de verdad, y eso la entristecía. «Sería tan divertido poder jugar con otra oveja...», pensaba siempre antes de acostarse.

Todas las mañanas se levantaba con energía y llena de vida, dispuesta a hacer alguna amiga, pero cada vez que se acercaba a las demás, inmediatamente, estas se alejaban de ella con disimulo. Ninguna oveja quería pastar con Azabache.

Poco a poco, Azabache fue perdiendo la alegría que en ella era habitual y comenzó a preocuparse más por las miradas de sus compañeras. «¿Por qué siempre me miran? ¿Habré hecho algo mal?»

Una mañana, tras perseguir a unos pajaritos que bebían distraídos en el arroyo, vio su cara reflejada en el agua y allí halló la respuesta: «¡Soy negra! Pero... ¿Por qué? ¡Qué horror!». Rápidamente, Azabache saltó sobre el riachuelo, con la esperanza de que aquel color oscuro no fuera más que una gran mancha originada por el barro del arroyo... Pero no dio resultado, el color seguía adherido a su piel. Definitivamente, era una oveja negra.

A partir de aquella mañana, Azabache dedicó sus días a comportarse como el resto de las ovejas, pensando que, si lograba parecerse a ellas, estas acabarían tratándola como a una más. Primero imitó su forma de pastar, después, sus movimientos lentos y, más adelante, sus extraños balidos. «¡Qué aburrido es ser una oveja blanca!», pensaba Azabache cada día mientras seguía esforzándose por ser igual que las demás.

El tiempo pasó sin que nada cambiara en el rebaño. Las ovejas blancas seguían sin querer relacionarse con Azabache.

Una fría tarde de invierno, desesperada, se alejó del rebaño y empezó a caminar. Poco a poco, fue distanciándose de la granja, hasta que, abatida, se sentó sobre una roca y comenzó a llorar. Su llanto llamó la atención de un animal que andaba paseando por ese camino.

—¡Hola! ¿Qué te pasa?

Azabache, entre lágrimas, levantó su cabeza para lograr ver quién le hablaba.

—En mi rebaño nadie me quiere porque soy negra.

—¡Vaya! Cuánto lo siento, oveja... ¿Te has escapado de allí?

—No... pero estaba triste, me puse a caminar y al final me he perdido...

—Supongo que has pensado alguna vez en escaparte, ¿no?

—¡Muchas veces! —respondió Azabache.

—Pero en el fondo te da pena y quieres estar con ellas, ¿verdad? —insistía el animal.

—¡Sí, sí!

—Seguro que ya lo has probado todo para parecer blanca y poder formar parte del rebaño...

—¡Todo! He intentado hablar como ellas, comportarme como ellas y moverme como ellas... ¡E incluso me revolqué una tarde en la nieve para parecer blanca! —le contó la oveja.

—Ya lo imagino... ¡Y qué agotador resulta intentar ser alguien que no eres! Pero las diferencias no están fuera, sino dentro —le explicó aquel animal—. El modo que tenemos de ver la vida es lo que define nuestra esencia.

Azabache dejó de llorar.

—¿Cómo puedes comprenderme tan bien sin conocerme? —le preguntó.

—¡Porque yo también sé lo que es sentirse diferente!

—¿Ah, sí? ¿A ti también te ha pasado?

—¡Sí! Estuve muchos años apartado del resto. Me sentía muy solo... Intentaba

acercarme a mi grupo, pero nadie quería hablar conmigo. A veces, incluso, los oía reírse cuando pasaba por delante de ellos.

—Pero ¿cómo puede ser posible, con lo hermoso que eres?

—¡Ay! ¡He cambiado mucho, oveja! —bromeaba entre risas—. Ahora soy un animal diferente, pero solo lo conseguí cuando aprendí a aceptarme sin tratar de ser lo que no era.

—Pero... Yo quiero seguir siendo una oveja. ¿Qué puedo hacer para ser como ellas?

—No es el color el que te hace diferente, sino tu forma de ver la vida. Aunque las cosas no hayan sido sencillas durante este tiempo, por encima de todo y a pesar del entorno, tú has sido auténtica. Ese es motivo más que suficiente para estar orgullosa de ti misma.

—Sí, pero no he conseguido que me acepten en el rebaño... —dijo Azabache.

—No te culpes por ello, querida amiga. A veces, simplemente, estamos en el lugar equivocado.

El hermoso cisne abrazó a Azabache y, tras despedirse, continuó su camino.

SER DIFERENTE NO SIGNIFICA ESTAR EQUIVOCADO.
A VECES, SIMPLEMENTE, NO ESTAMOS EN EL REBAÑO
ADECUADO.





LA CHICA QUE NO PODÍA SOÑAR

Desde hacía un tiempo Lucía era incapaz de soñar. Había perdido esa capacidad que de niña le había permitido representarse imágenes fantásticas en su cabeza. Se sentía triste, apática y no parecía disfrutar con nada de lo que ocurría en su vida.

Lo había intentado todo: cerrar con fuerza los ojos, respirar profundamente, acostarse más temprano... Pero, a pesar de todos sus esfuerzos, Lucía no lograba volver a soñar.

Sus días eran planos y sus noches, más aún. Si hubiera estado conectada a un cardiógrafo, este habría mostrado un perfil tan lineal que cualquiera que hubiese estado a su lado habría deseado reanimarle el corazón.

Como de costumbre, una tarde subió al desván, donde le gustaba pasar tiempo a solas. Le encantaba tumbarse boca arriba en el suelo y mirar por la ventanita de la buhardilla... Disfrutaba de la sensación de sentirse pequeña ante la inmensidad del cielo azul que se abría tras ese minúsculo hueco, mientras iba observando las nubes y los pájaros que atravesaban el cielo.

Lucía pasó allí varias horas, absorta en sus pensamientos, jugando a imaginar las figuras creadas por las nubes. De repente, una corriente de aire entró por la ventana y la sacó bruscamente de su mundo. Una caja que estaba encima del armario impactó contra el suelo con tanta fuerza que todo su contenido quedó esparcido por el desván.

Una vez recuperada del susto, Lucía fue recogiendo uno a uno todos los papeles que se habían desparramado y encontró algo que la hizo estremecerse: el diario que de pequeña le regaló su abuela y que durante tantos años la había acompañado.

Sorprendida y expectante ante el inminente reencuentro con su pasado, decidió bajar a prepararse un buen tazón de chocolate caliente, y desde su sillón favorito —el que estaba al lado de la ventana— comenzó a leer con curiosidad el diario en el que años atrás había anotado el paso de los días.

Querido diario:

Hoy ha sido un día genial. He ido a pasear al puerto con la tía Lola y estuvimos viendo el faro. Me explicó que los faros sirven para guiar a los barcos y así evitar que estos choquen. Ha sido muy bonito. De mayor, yo también quiero encontrar un faro, así no chocaré con nada.

Querido diario:

Hoy nos hemos ido de excursión con mi nueva lupa. He visto mariquitas, hormigas y hasta polen en una flor. ¡Hay tantas cosas en las que casi ni nos fijamos! Espero estar atenta a las cosas pequeñas cuando sea mayor.

Querido diario:

¡Vaya rollo! Hoy ha sido un día muy aburrido. Papá estaba trabajando, mamá tenía cosas que hacer y Alba estaba ocupada. Todos me decían que no tenían tiempo para jugar... De mayor pienso divertirme todos los días.

Lucía no pudo evitar esbozar una sonrisa mientras leía y pasaba las páginas de su pequeña biografía. Disfrutaba con cierta nostalgia del recuerdo de los que, probablemente, fueron los días más felices de su vida y se dio cuenta de que todos tenían algo en común: cada vez que encontraba una anotación de una experiencia vivida, había un sueño por cumplir.

Movida por la emoción, cogió la primera hoja en blanco que encontró esparcida por la habitación y anotó todos los sueños acumulados a lo largo del tiempo, elaborando así una lista de deseos de su infancia.

Cuando sea mayor quiero...
** No chocar con nada*
** Disfrutar de las pequeñas cosas*
** Tener tiempo para jugar*
** Hacer cosas que me gusten*
** Reír mucho*

Al terminar, una lágrima recorrió su mejilla. Al llegar al final del listado, con mano temblorosa, escribió: «De pequeña, lo único que deseaba era ser feliz de mayor».

«No puede ser», pensó Lucía. «¡No he cumplido la mayoría de los sueños que tenía de pequeña!»

En su interior almacenaba tantos sueños incumplidos que no tenía capacidad para desear nada más.

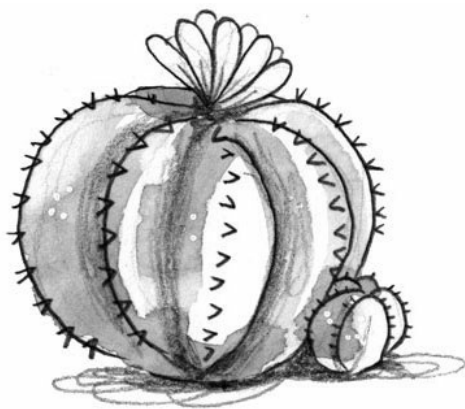
Lucía se dio cuenta de que su problema tenía una «sencilla» solución: tan solo tenía que empezar a cumplir sus «sueños pendientes» y otros nuevos empezarían a surgir de manera espontánea como cuando era pequeña.

Comprendió que cuando uno tiene deudas con su «niño interior» este le cierra los ojos a nuevas ilusiones, y que hacer las paces con él nos permite soñar y disfrutar de las pequeñas y grandes cosas de la vida. Sin su capacidad para soñar, Lucía había estado dormida todos estos años.

Aquel diario le recordó que las promesas que nos hacemos a nosotros mismos tienen un valor muy importante, que los sueños se acumulan y que necesitamos ir cumpliendo algunos de esos sueños para que otros ocupen su lugar.

PARA DESPERTAR LOS SUEÑOS TAN SOLO NECESITAS ABRIR
TU CORAZÓN PORQUE NO TODOS LOS OJOS CERRADOS
SUEÑAN, NI TODOS LOS OJOS ABIERTOS VIVEN.





EL AMOR DE LORENZO

Lorenzo sabía de su importante función para la vida. Por ello, y pese a su estado de ánimo, seguía saliendo cada amanecer para iluminar el mundo con toda su energía.

Cuentan algunos girasoles que desde hacía tiempo le veían muy triste, y que su pesar se debía a un reciente desamor. ¡Se ha rumoreado tanto sobre los romances de Lorenzo!

Por todos es conocido que cuando los rayos del sol nos alcanzan, además de envolvernos con su cálida temperatura, nos sentimos mucho más vivos. Esta era la razón que convertía a Lorenzo en el centro de atención de todas las plantas. Si él aparecía, todas ellas se giraban. No había ninguna que no alzara sus pétalos, sus hojas o sus ramas cada vez que él se asomaba.

Aquel año los campos estaban llenos de flores y, como cada primavera, a Lorenzo nunca le faltaban pretendientes.

Los girasoles fueron los primeros que trataron de llamar su atención, pero a cada propuesta que estos le planteaban, Lorenzo respondía: «Lo siento, Girasol. Nuestro amor es imposible: no me gusta que dependas tanto de mi luz para vivir. Si alguien ha de acompañarme, quiero que sea independiente».

Algunos cultivos más hacia el oeste, las rosas, convencidas de su belleza, comenzaron a abrir sus pétalos para Lorenzo. Pero este también las rechazaba.

—¡Pero si tengo un color precioso! ¿Es por mis espinas? —preguntó una de ellas.

—¡No! Las espinas forman parte de la vida, querida Rosa. No se puede contemplar la belleza sin correr el riesgo de pincharse. En el amor no es posible dejar de ver lo hermoso en todo, incluso en aquellas partes que resultan menos atractivas.

—¿Entonces? ¡Cualquiera querría tener una rosa a su lado! —defendió otra de ellas.

—Quiero un amor aventurero, no una flor que antes o después termine expuesta en un jarrón —respondió con seguridad Lorenzo.

Tras las desafortunadas rosas, llegaron las delicadas amapolas, con tan mala suerte que, para cuando sus palabras llegaban a Lorenzo, sus pétalos ya se habían marchitado. «Lo siento, Amapola. Quiero un amor tan delicado como tus pétalos, pero también que sea capaz de hacer frente a los posibles vendavales», les fue explicando una a una con dulzura.

Lejos de todos aquellos floridos campos, tras las montañas, una planta de exótica belleza se fue abriendo paso entre la maleza. La noticia llegó hasta los girasoles, quienes se lo contaron a las rosas, y estas, a su vez, a las amapolas. Todas se rieron. «¡Pobre desgraciada! Toda la comarca está llena de coloridos cultivos y ella ha ido a nacer en mitad del desierto», dijo una de ellas. «Seguro que apenas resiste unos días. Dicen que por allí no hay agua ni nadie que la pueda cuidar», comentó otra.

La primavera transcurrió sin que ninguna flor consiguiera conquistar el corazón de Lorenzo, quien, entristecido, se ocultó aquella tarde con la esperanza de que la nueva estación le brindara la oportunidad de enamorarse de nuevo.

El primer día de verano, Lorenzo preparó sus mejores rayos e, ilusionado, comenzó su habitual repaso a los campos de la comarca. Todo parecía igual que siempre hasta que, tras alcanzar el punto más alto en el cielo, pudo mirar al otro lado de la montaña. Allí, en mitad de las áridas tierras, divisó una nueva flor. Era tan pequeña que no logró descubrir a qué familia pertenecía. Solo sabía que era la flor más blanca y hermosa que había visto jamás. Embelesado, Lorenzo orientó todos sus rayos hacia ella, admirándola durante horas hasta la llegada de la luna.

A la mañana siguiente, Lorenzo amaneció entusiasmado con la idea de volver a ver a su preciosa flor e, inquieto, aguardó hasta el mediodía. ¡Allí seguía!, tan blanca y bella como el día anterior. «¡Nunca antes había visto nada igual!», suspiró Lorenzo. «¿De qué flor se tratará?»

A medida que iban pasando los días, Lorenzo alumbraba a su nueva flor con más y más fuerza. Solo tenía rayos para ella.

El resto de las flores advirtieron que la luz que recibían ya no era la misma y empezaron a preguntarse una a otra, esperando que alguna de ellas pudiera desvelarles el motivo. Finalmente, les llegó la noticia: Lorenzo se había enamorado de nuevo.

—¡No me lo puedo creer! —comentó una amapola.

—Con la cantidad de flores que hay y que llamamos su atención a diario y se fija en esa... —dijo un girasol con enfado.

Lorenzo, desde arriba, seguía embelesado mirando a su flor, ajeno a los comentarios que desde los campos se escuchaban. El rumor de su nuevo amor fue afianzándose cada vez más hasta que una de las rosas alzó sus pétalos y le reprochó indignada:

—Lorenzo, de entre todas las flores preciosas que has podido elegir, ¿por qué te has fijado en esa?

—La elegí porque ha ido creciendo poco a poco, sin necesitar llamar la atención para recibir mis cálidos rayos de luz.

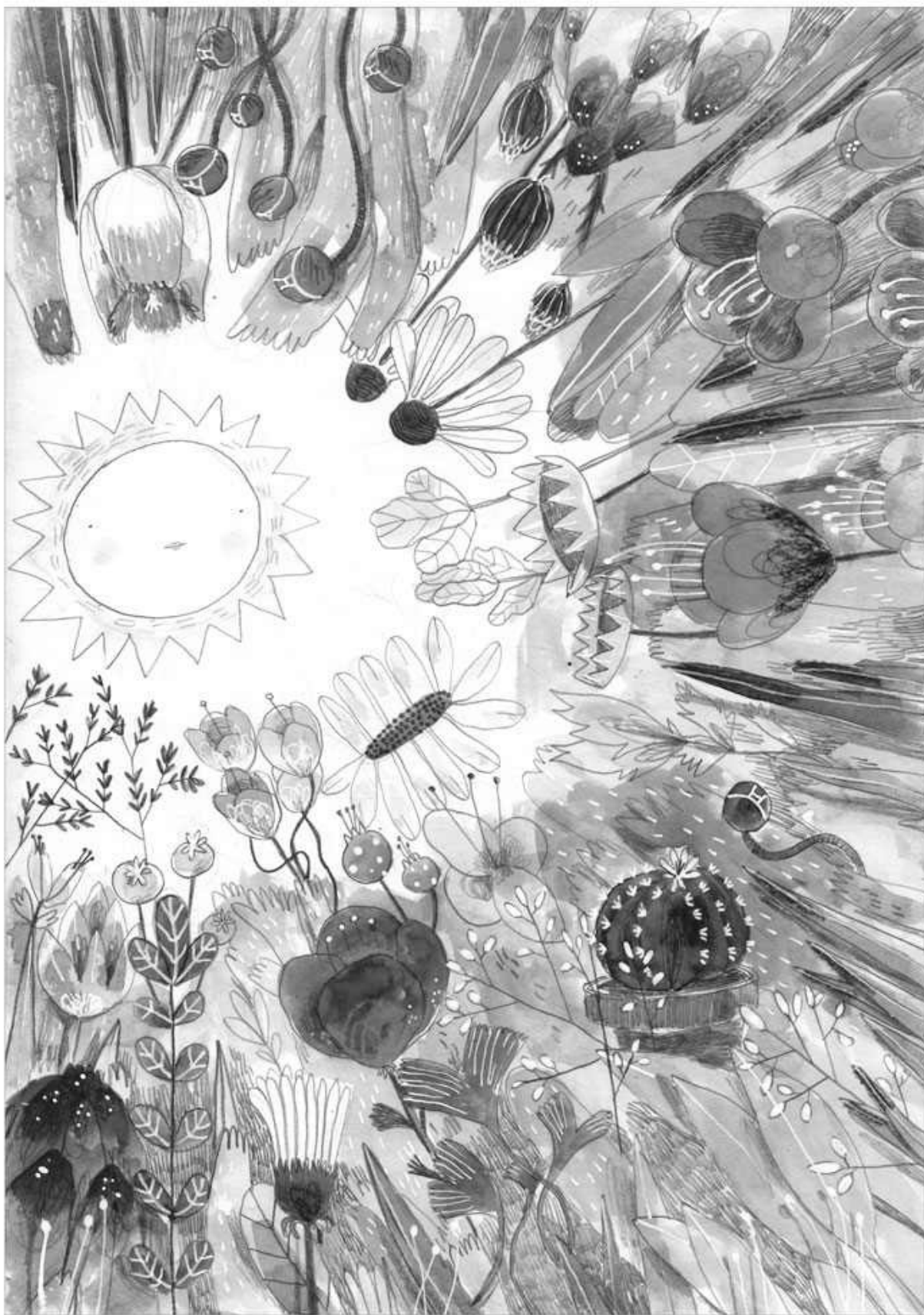
—¡Pero, no lo entendemos! ¿Sabes de qué planta te has enamorado? ¡De un cactus, Lorenzo! ¡Te has enamorado de un cactus! —insistió la rosa.

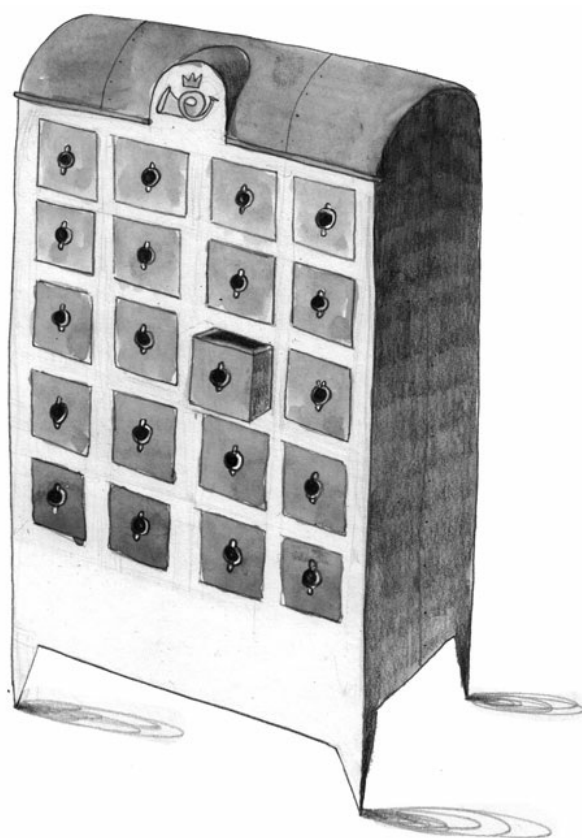
—Sí, me he enamorado de un cactus —respondió Lorenzo—. Me he enamorado de una planta que se ha mostrado sencilla, independiente y auténtica.

Antes de dejar que la rosa pronunciase ninguna palabra más, Lorenzo añadió:

—Por eso la elegí a ella: porque, a diferencia de vosotras, ha sido la única capaz de florecer ante la adversidad.

NO HAY MAYOR BELLEZA QUE LA DE AQUEL QUE RESURGE
ANTE LA DIFICULTAD.





EL BUZÓN DE LA CALMA

Los veranos de la pequeña Camila siempre habían sido muy especiales. Desde hacía años, disfrutaba de aquellos meses en el pueblo acompañada de sus abuelos. Le encantaba pasear por la naturaleza y ver a los animales de la granja pero, sin lugar a dudas, lo que más feliz le hacía era jugar con sus amigos hasta el anochecer en la plaza del pueblo.

Su juego favorito era el escondite. Tanto ella como sus amigos siempre encontraban un sitio nuevo donde ocultarse. En los bancos de la plaza, solían reunirse las abuelas de todos ellos para ver disfrutar a sus nietos mientras compartían anécdotas y algunos chismorreos.

Aquella era la primera tarde del verano. Tras un largo año de clases en la ciudad, Camila por fin volvía a jugar con sus amigos.

«Uno... dos... tres...» Mientras Javier contaba hasta diez con los ojos cerrados, Camila y el resto de los amigos corrieron en busca de un buen escondite. La primera en

encontrar uno fue Blanca, quien se ocultó detrás de la puerta de la iglesia. Martina corrió hacia los soportales para esconderse detrás de una de las columnas y Adrián, el más astuto, lo hizo tras los periódicos del quiosco de la plaza. Con los mejores escondites ocupados, Camila miró alrededor, hasta encontrar un gran buzón de color rojo.

Inmóvil y en silencio, Camila aguardaba agazapada el momento de correr más rápido que Javier y así poder *salvarse*. Mientras esperaba, comenzó a observar aquel curioso buzón, que tenía un montón de compartimentos. En el poco tiempo que permaneció allí escondida, pudo ver cómo algunas personas se acercaban y depositaban papeles en su interior. Cada una de ellas dejaba sus cartas en un compartimento diferente. Primero fue Rosario, la farmacéutica; después, Alberto, el hijo del cartero; y, por último, Borja, el carpintero. «¡Qué buzón tan extraño!», pensó Camila. Y, sin darle más importancia, salió corriendo de su escondite hacia la pared.

—¡Por mí y por todos mis compañeros! ¡Y por mí primero!—gritó Camila con todas sus fuerzas.

Desde los bancos, las abuelitas de los niños observaban cómo sus nietos correteaban felices por la plaza. «¡A merendar, niños!», los llamó una de ellas. Uno a uno fueron acudiendo a la llamada y pasaron la tarde entre batidos, zumos de naranja y bocadillos de chocolate.

Durante la merienda, Camila le preguntó a su abuela:

—¡Abuelita, abuelita! Esta tarde he visto un gran buzón rojo con muchos cajones pequeños. ¿Para qué sirve?

Su abuela, con la ternura que la caracterizaba, se dispuso a contarle a Camila uno de los secretos que hacían de aquella aldea un lugar tan especial.

—Cariño, ese buzón rojo con pequeñas cajas de metal que hoy has visto en la plaza es «el buzón de la calma».

—¿El buzón de la calma? ¡Qué nombre tan curioso! —exclamó—. ¿Para qué sirve?

—Todas las personas que aquí vivimos tenemos asignado un pequeño casillero en el buzón, donde depositamos las cartas que escribimos.

—¿Y para quiénes son esas cartas? —preguntó con curiosidad.

—¡Para nadie! El buzón solo recoge cartas con preocupaciones.

—¿Qué son las preocupaciones, abuela? —insistió Camila.

—Las preocupaciones son pensamientos que las personas mayores solemos tener

sobre lo que nos ocurre... ¡E incluso sobre lo que podría llegar a ocurrir pero aún no ha ocurrido!

—¿Como si fuerais adivinos?

La abuela de Camila, sonriendo ante la inocencia de su nieta, respondió:

—¡Algo parecido, cariño! Cuando somos *adivinos* pensamos demasiado y nos angustiamos por cosas que no sabemos si sucederán.

Ante la dificultad para responder a su nieta, la abuela señaló al cielo y continuó con su explicación:

—Mira, Camila. Las preocupaciones se parecen a las nubes que se forman antes de llover. ¡Hacen que se nos nuble la mente y no pensemos bien! Por eso, cada vez que tenemos nubes en la cabeza escribimos una carta y la dejamos reposar en el buzón.

—¿Y qué pasa cuando dejas una carta allí?

—¡Es una sensación fantástica! Justo en ese momento el sol sale en nuestra mente y recuperamos la energía para poder hacer otras cosas. ¡Es como dejar a un lado las preocupaciones!

—¿Y por qué los mayores queréis dejar a un lado las preocupaciones? —siguió indagando Camila.

—¡Porque no siempre podemos darles una solución en ese momento! Muchas veces las preocupaciones ocupan demasiado espacio en nuestra cabeza y nos impiden disfrutar de la vida. Por este motivo escribimos cartas: para no perder tiempo en *adivinar* el futuro y centrarnos en el presente —argumentó la abuela.

—¡Qué complicado ser mayor, abuelita!

La tierna anciana prosiguió:

—Al cabo de unos días regresamos al buzón, revisamos nuestras cartas y, como por arte de magia, las cosas que días antes nos preocupaban mucho, ahora ya no nos preocupan tanto. Y, con suerte, ¡hasta dejan de preocuparnos del todo!

—Pero, abuela, ¿cómo van a desaparecer las preocupaciones! —rebatía Camila.

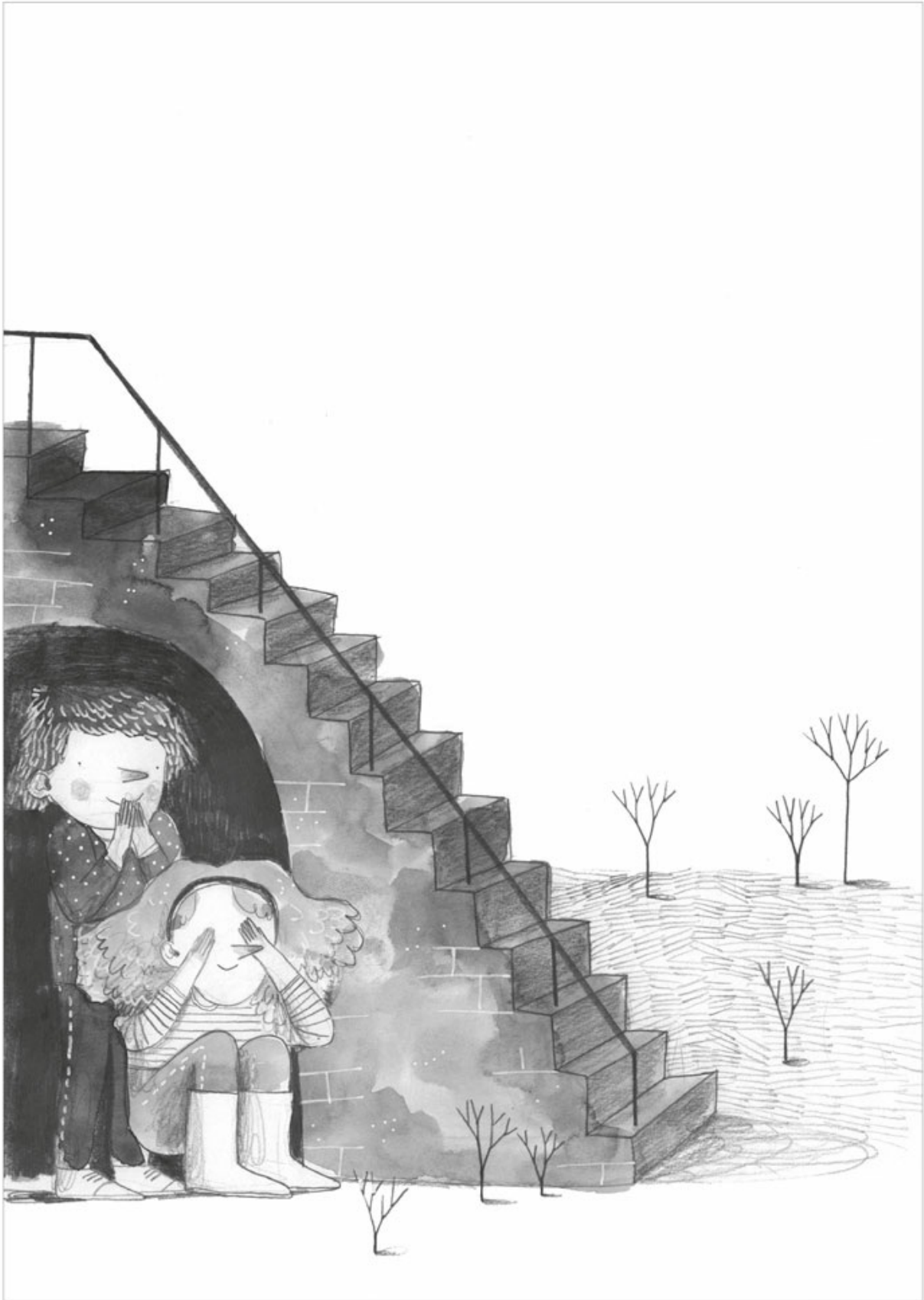
—¡Ese es el gran misterio, querida! Con las preocupaciones ocurre como con las tormentas: necesitamos esperar a que pasen para que salga de nuevo el sol.

Tras una breve pausa, sentenció:

—Nadie sabe cómo funciona el buzón de la calma. Yo lo único que sé es que, cuando regreso a mi casillero después de unos días, nunca encuentro tanta preocupación como había dejado.

Camila pasó el resto de la tarde pensando en el buzón de la calma y en la suerte que tendría si llegara a tener algún día un casillero donde poder dejar reposar todas sus preocupaciones. ¿Sería ese el motivo por el que se respiraba tanta paz en aquel lugar?

CON LAS PREOCUPACIONES OCURRE COMO CON LAS
TORMENTAS :
NECESITAMOS ESPERAR A QUE PASEN PARA QUE SALGA DE
NUEVO EL SOL.





UN HOSPITAL DIFERENTE

Daniel se despertó sobre una camilla, rodeado de varias personas vestidas con bata blanca. Estaba confuso, no entendía qué le pasaba ni dónde se encontraba.

Tardó un rato en ubicarse y darse cuenta de que estaba en un hospital. Enseguida, los doctores le introdujeron en una pequeña habitación para realizarle la primera exploración, pero en lugar de tomarle la temperatura o la tensión, como habría sido habitual, los médicos le hicieron una radiografía un poco especial. En ella no se veían los huesos, sino el estado de su nivel emocional.

—Lo que nos temíamos. El paciente está a punto de desbordarse —pronunció una voz detrás de Daniel.

Entonces, uno de los doctores se acercó a la camilla y, con voz calmada, le dijo:

—Daniel, vamos a llevarte a una sala muy especial. Allí pasarás unos días con todos los cuidados que necesitas.

Daniel seguía desconcertado. Sin embargo, en aquel lugar se respiraba algo diferente que hacía que sintiera una inusual calma. Con esa sensación, cerró los ojos y se dejó guiar hacia la estancia que, durante los próximos días, sería su casa.

Una vez allí, alguien llamó a la puerta. Daniel despertó sobresaltado y se vio en medio de una habitación provista tan solo de una pequeña mesa, una lámpara de noche y un pequeño cuaderno de notas. Al entrar, Daniel reconoció a uno de los médicos que le había atendido cuando llegó al hospital. Se acercó a él y le dijo:

—Daniel, ¿te encuentras mejor?

—Sí —contestó—, pero... ¿qué es todo esto?, ¿qué me ha ocurrido?, ¿dónde estoy?

El médico se sentó junto a él y le dijo sonriendo:

—Estás en el hospital, Daniel. Pero, como habrás observado, aquí no curamos las heridas físicas, sino las heridas emocionales. Lo que más nos importa es saber cómo están las personas por dentro, y tú llegaste esta mañana desbordado emocionalmente.

—¿Desbordado emocionalmente? —preguntó Daniel, aturdido.

—Te hicimos una radiografía para mirarte por dentro. Queríamos ver cuánta carga emocional acumulabas. ¿Sabes? Todos tenemos en nuestro interior una especie de recipiente en el que vamos acumulando todas las tensiones que sufrimos en nuestro día a día. Si no lo revisamos cada cierto tiempo, puede llegar a desbordarse.

»Lo que te ha ocurrido es más habitual de lo que te imaginas —continuó explicándole el médico—. El acelerado ritmo que solemos llevar en nuestra vida hace que vivamos expuestos a más situaciones de las que nos da tiempo a gestionar...

—¿Por eso me siento tan estresado? —preguntó Daniel con curiosidad.

—¡Exacto! El recipiente del que te hablo es el que se encarga de regular nuestra calidad de vida. ¡Cuanto más lleno lo tengas, más estresado te sentirás y, por tanto, más se resentirá tu salud emocional! De ahí que sea tan importante revisarlo y vaciarlo con frecuencia: de su nivel de carga dependerá nuestro bienestar.

—¡Yo nunca me he detenido a revisar su nivel de carga! —exclamó Daniel interesado.

—Ahora ya conoces su existencia y su importancia. Has agotado toda su capacidad, Daniel, por lo que necesitas vaciarlo para recuperarte.

»Te quedarás cuatro días aquí con nosotros —continuó amablemente—. Sobre la mesita te hemos dejado un cuaderno de notas. Él será tu mayor confidente. Anota en él todas las reflexiones y conclusiones a las que llegues en cada momento. Además, durante este tiempo, no estarás completamente solo: cada día vendrá un especialista a hacerte una visita y asegurarse así de que todo va bien. Ahora debo dejarte, ¡necesitas descansar!

Daniel volvió a encontrarse a solas en su habitación. Aunque continuaba algo desconcertado, sentía alivio al saber que los siguientes días supondrían un punto de inflexión para él.

A la mañana siguiente, tras servirle el desayuno, recibió la visita del primer especialista. ¡Cuál fue su sorpresa cuando la puerta se abrió y vio a un niño de no más de

ocho años asomarse con una carpeta en la mano! Su asombro fue en aumento cuando, a medida que ese niño se aproximaba con aire juguetón, observó cómo arrastraba su enorme bata blanca por el suelo y cubría sus pequeñas manos.

—¡Buenos días! Soy el doctor Gael, Especialista en Juegos. Tengo que hacerte algunas preguntas.

«¿Un niño? ¿Qué puede enseñarme a mí un niño?», pensó Daniel. Aun así, la escena le resultó divertida, por lo que se propuso responder a tantas preguntas como ese curioso «doctor» tuviera preparadas para él.

—Bien, empecemos por la primera: ¿cuánto tiempo hace que no juegas, Daniel?

Esta pregunta descolocó a Daniel por completo y, en ese momento, supo que aquel extraño tratamiento iba en serio y le haría reflexionar.

—Deduzco que mucho porque apenas puedo recordarlo bien. ¿Sabes? El trabajo no me deja demasiado tiempo libre y...

—Entiendo. Y ¿cuánto tiempo hace que no te ríes?

—¿Con ganas...? Más tiempo aún —respondió Daniel con tristeza.

—Esto es todo, gracias por tu sinceridad. Espero que pronto recuperes la ilusión, la alegría y la espontaneidad que tenemos los niños.

Daniel se quedó pensativo y decidió abrir su cuaderno y comenzar a anotar todo lo que había sentido al escuchar las preguntas de aquel peculiar doctor.

El día transcurrió con una asombrosa tranquilidad y Daniel permaneció en su habitación reflexionando sobre lo sucedido sin que nada ni nadie desviara su atención.

Al día siguiente, recibió expectante al segundo especialista. En esta ocasión, se trataba de una mujer de aspecto delicado quien, tras preguntarle cómo se encontraba, le realizó dos nuevas preguntas:

—Hola, Daniel, soy la Especialista en Cuidados. ¿Cuánto tiempo hace que no te alimentas bien?

—A decir verdad, en el trabajo tengo tantas reuniones y llamadas que atender que apenas tengo tiempo para comer y suelo picar algo a media tarde.

Sin inmutarse tras su respuesta, la doctora continuó con la siguiente pregunta.

—¿Cuánto tiempo hace que no descansas lo suficiente?

Daniel se quedó en silencio, cabizbajo. La ausencia de palabras fue la mejor respuesta que en ese momento pudo ofrecer.

Estas dos preguntas dieron paso a nuevas reflexiones que, una vez más, Daniel anotó

en su cuaderno. La doctora Especialista en Cuidados salió de la habitación, no sin antes desearle que a partir de ese momento prestase más atención a sus horas de sueño y a su alimentación.

Daniel estaba comenzando a disfrutar de aquella experiencia de búsqueda interior e, ilusionado, aguardó la visita del siguiente especialista.

Al tercer día, un señor mayor apareció por la puerta e, inmediatamente después de darle los buenos días, comenzó con sus dos preguntas:

—¿Cuánto hace que no dedicas tiempo a tus amigos?

—¡Uf! ¡Mis amigos! Están tan ocupados o más que yo. Antes nos veíamos mucho, pero lo cierto es que últimamente casi no hablamos ni por teléfono. Siempre hay algo que hacer...

Manteniendo su mirada, el especialista continuó:

—¿Cuántos eventos familiares importantes te has perdido en los últimos años?

Esta última pregunta fue especialmente dolorosa para Daniel quien, con los ojos llenos de lágrimas, empezó a recordar la última Navidad, cuando renunció a abrir los regalos con su familia porque tenía que resolver unos «asuntos importantes» en la oficina. Consternado, respondió:

—Demasiados...

El anciano Especialista de la Vida le puso la mano sobre el hombro en señal de complicidad y, tras aconsejarle que nunca olvidara lo verdaderamente importante, abandonó la habitación.

Era ya el cuarto día y Daniel sabía que el final de su estancia en aquel particular hospital estaba cerca. Cada día que pasaba se sentía mejor que el anterior: más tranquilo, más descansado y, sobre todo, con más energía.

Cuando vio entrar a la cuarta visita, Daniel se quedó paralizado.

—¡No puede ser! ¿Qué haces tú aquí?

A ninguno de los especialistas anteriores les había visto en otras ocasiones, pero a este le conocía muy bien. Era don Manuel, su profesor de toda la vida. El maestro que lo vio crecer y que apostó por él desde que era solo un niño.

—¡Hola, Daniel! Me alegra volver a verte. Me han contado todo lo que te ha ocurrido y las razones por las que estás aquí. Me han invitado a participar en esta particular terapia y no he podido resistir la tentación de venir a hacerte mi pregunta.

Entusiasmado, y con la misma alegría que le había supuesto volver a ver a su

admirado maestro, Daniel esperó la pregunta:

—Daniel, si pudieras encontrarte con el niño que yo conocí cuando solo tenías siete años, ¿qué le dirías?

Sin dudarle ni un instante, respondió con seguridad:

—Que disfrute de la vida, profesor.

Esas palabras salieron de lo más profundo de su corazón.

Don Manuel cerró la puerta, dejando a su antiguo alumno a solas. En ese momento, Daniel abrió el cuaderno y empezó a escribir.

En aquellos días, Daniel tomó conciencia de que a veces es necesario detenerse para coger impulso. Que somos responsables de lo que nos pasa y que, si uno no se preocupa de sí mismo, nadie lo hará en su lugar. Comprendió que todos los pasos que damos —y los que no damos— dejan huella, así como que solo tenemos una vida y que el único momento para vivirla es ahora.

Su estancia en aquel hospital diferente le había servido para darse cuenta de que lo verdaderamente importante en la vida no tiene más valor que el que cada cual le quiera asignar.

Sumergido en sus anotaciones, llegó el momento de hacerse una nueva radiografía. Cuando los médicos le mostraron finalmente los resultados, Daniel se emocionó: al centrarse esos cuatro días en él, en cuidarse y priorizar lo importante en su vida, su nivel de tensión interior había disminuido notablemente. Daniel estaba entusiasmado. Percibió que por dentro se había convertido en una persona nueva, al igual que por fuera, y que irradiaba ilusión y alegría. Muy agradecido a todas las personas que se habían ocupado de él durante aquellos días, se sintió un privilegiado por la experiencia vivida y prometió no olvidar las sabias enseñanzas de los cuatro especialistas.

En ese momento, Daniel se despertó. Desorientado, intentó ubicarse de nuevo. Estaba en su despacho, con la cabeza apoyada sobre la mesa y junto a una enorme montaña de papeles. Daniel se había quedado dormido y todo había resultado ser un sueño. Un sueño con una gran lección para él.

Tras meter algunos papeles en su maletín, agarró con firmeza su preciada chaqueta de piel y se puso en pie. «¿Y si, de alguna manera, sí hubiera estado en aquel hospital diferente?», pensó. Sonriendo, cerró la puerta del despacho y se dirigió a su casa para descansar y abrazar con fuerza a su familia.

SABES DE SOBRA AQUELLO QUE TE HACE FELIZ.
VE A POR ELLO.





LA ESTACIÓN DE LAS OPORTUNIDADES PERDIDAS

Las cosas que perdemos siempre están en un lugar: justo donde las dejamos. Basta con que volvamos a conectar con las coordenadas de la memoria para dar con ellas de nuevo. Con las oportunidades, sin embargo, no ocurre lo mismo: las que se pierden, se pierden.

Esto fue lo que debió de pensar la mejor amiga de Paula cuando, para su cuarenta cumpleaños, decidió hacerle un regalo diferente. Cuidadosamente envuelto, le hizo entrega de una vieja cajita de madera y, en su interior, un billete de tren y un pequeño mapa con una X marcada en un punto de la ciudad. Junto a ellos, una nota que decía así:

El viaje más enriquecedor es el que hacemos a nuestro interior.

A las 18.00 h comienza esta aventura.

A Paula estos juegos siempre le habían gustado y se le habían dado bien, por lo que, acompañada de su maleta favorita, no tardó en encontrar el destino marcado en el mapa.

Se trataba de una estación abandonada al norte de la ciudad donde, extrañamente, nunca antes había estado. Y es que, si algo caracterizaba a Paula desde hacía algunos años, era su pasión por recorrer cada rincón de cualquier lugar. Fascinada por aquel descubrimiento, posó su mirada sobre la fachada del majestuoso edificio. Una

inscripción tallada sobre el portón de la entrada principal desveló el nombre del misterioso lugar: LA ESTACIÓN DE LAS OPORTUNIDADES PERDIDAS.

Al cruzar la puerta descubrió varios trenes estacionados en las diferentes vías. Algunos tenían aspecto de llevar allí muchos años; otros, por el contrario, parecían no estar tan anticuados.

Antes de poder seguir investigando, un hombre con traje de interventor se asomó desde uno de los trenes:

—¿Paula Martínez?

Aunque, sin duda, ese era su nombre, no pudo creer que aquella voz la estuviera llamando a ella. Miró alrededor y, al observar que no había nadie más, dirigió su mirada hacia el revisor.

—¡Bienvenida, Paula! ¡Vamos a comenzar el viaje! Deseo que lo disfrutes.

Nada más subir, Paula sintió que no se trataba de un tren como a los que ella estaba acostumbrada. Cautelosamente, dio unos pasos dentro del vagón y tomó asiento.

Apenas habían transcurrido unos segundos cuando, de pronto, una breve pero luminosa ráfaga de luz atravesó la ventana que tenía a su izquierda. Volviendo su cabeza hacia el cristal pudo ver una imagen reflejada que le resultó familiar: el instante en que, hacía ya muchos años, marcó la casilla de la matrícula de la universidad donde elegía, como primera opción, la Licenciatura de Derecho. Aquel flash dio paso al recuerdo de su infancia, donde siempre estaba rodeada de animales y donde soñaba con ser veterinaria. ¿Cómo sería ahora su vida si, en lugar de tratar de contentar a su familia, hubiera escuchado a su corazón? Es cierto que a lo largo de todos estos años Paula había ayudado a muchas personas como abogada, pero no pudo evitar sentir que una pequeña parte de su vida se había marchado con aquella importante decisión.

Con la sensación agri dulce que le produjo verse de frente con esta oportunidad perdida, Paula volvió a poner toda su atención en el cristal de la ventana, esperando no perderse nada. Sin duda, este no iba a ser un viaje cualquiera.

No tardó en aparecer un segundo flash reflejado en la misma ventana. En esta ocasión, se trataba de aquella llamada de teléfono para una gran oferta de trabajo en el extranjero. Por aquel entonces, Paula no era tan atrevida y la rechazó por miedo a alejarse de su familia y amigos y a empezar de cero en un país desconocido. Tras aquella imagen, empezó a preguntarse a cuánta gente podría haber conocido o qué diferente habría sido

todo si hubiera dejado a un lado la comodidad y se hubiera lanzado tras lo que en el fondo deseaba hacer cuando envió la solicitud.

Continuó su viaje con un pensamiento dando vueltas en su cabeza: «Nos arrepentimos más de las cosas que no hacemos que de las que hacemos». Mientras seguía reflexionando sobre ello, Paula miraba por aquella oscura ventana expectante por si una tercera ráfaga volvía a sorprenderla. Y así ocurrió. Tras ver pasar un nuevo haz de luz, otra imagen atravesó su cabeza, aunque, en esta ocasión, también rozó su corazón. En ella aparecía Pablo, el chico del pueblo con el que tantos momentos bonitos había compartido hacía algunos veranos.

Recordó ese último día de vacaciones en el que, antes de regresar a su casa, no se atrevió a darle una oportunidad a aquella historia de amor a distancia. Una sensación de tristeza y arrepentimiento inundó sus ojos. «¿Qué hubiera pasado si...?» Antes de terminar este pensamiento, Paula entendió el mensaje. Solo hay una manera de saber si las cosas pueden salir bien: haciéndolas.

La puerta interior del vagón se abrió.

—¿Va todo bien, Paula? —preguntó el interventor.

—Sí... bueno... está siendo un viaje un poco extraño —respondió—. ¿Puedo hacerle una pregunta?

—¡Claro! —dijo amablemente el interventor.

—¿Ha tenido usted alguna vez la sensación de tener enfrente una oportunidad y dejarla escapar?

—¿Alguna vez? —respondió el interventor en medio de una carcajada—. ¡Muchas veces! Constantemente estamos dejando escapar oportunidades. ¿Sabes qué pasa? Que no nos damos cuenta que siempre estamos decidiendo... Incluso cuando no decidimos, estamos decidiendo.

Este juego de palabras removió algo en el interior de Paula. ¿Cuántas veces en su vida no había tomado decisiones? ¿Cuántas oportunidades había dejado escapar por ello? Por momentos, se fueron agolpando muchas preguntas en su cabeza.

—¿Usted sabe cómo podemos saber cuándo hemos perdido una oportunidad? —continuó Paula.

—Con las oportunidades ocurre como con las personas: hasta que no las perdemos, no les damos el incalculable valor que tienen. Y cuando esto ocurre, casi siempre sucede lo

mismo: ya es tarde. Es cierto que algunas veces estamos a tiempo de recuperarlas, pero la mayoría...

—Entonces, ¿solo podemos saber que eran buenas oportunidades cuando las hemos dejado escapar y el tiempo despierta en nosotros cierto arrepentimiento?

—Exacto, Paula. Solo echando la vista atrás podemos ver las oportunidades perdidas —sentenció el interventor.

Paula empezó a entenderlo. Todos los trenes que dejamos escapar van al mismo lugar... a la estación más grande del mundo: La estación de las oportunidades perdidas.

—Es el momento de bajar —dijo el interventor.

Paula cogió la maleta y, confusa, salió del tren.

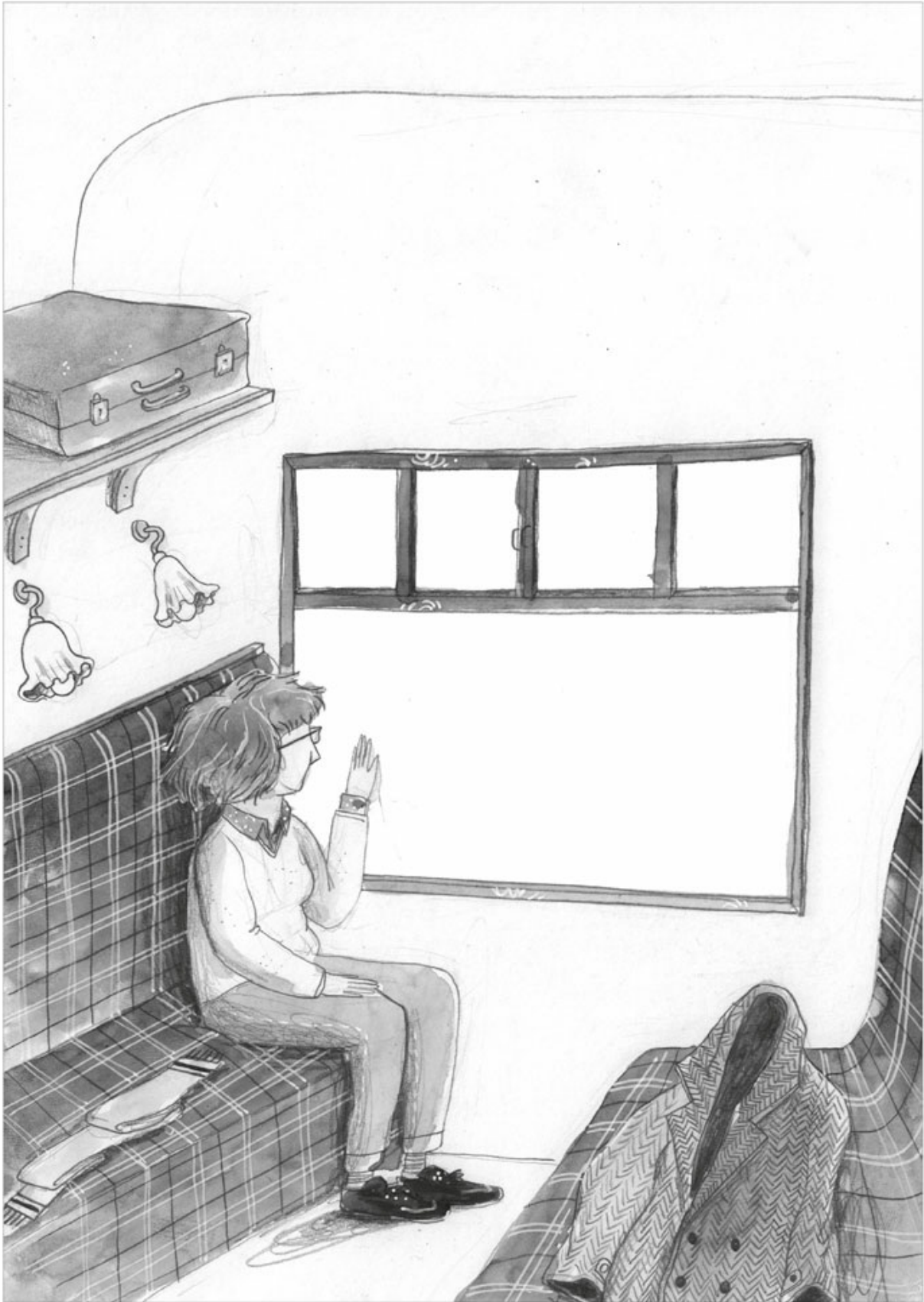
—¡Pero si estamos en el mismo lugar! —exclamó en alto—. ¡No nos hemos movido!

—Claro, querida Paula. Ningún tren podrá llevarte de vuelta a los momentos que dejaste escapar.

El interventor, antes de cerrar las puertas del vagón, prosiguió:

—Así es la estación de las oportunidades perdidas: si bien los trenes que dejamos escapar nunca vuelven, aún estás a tiempo de subirte a otros nuevos y diferentes. Y para eso, tienes que abandonar este vagón y dirigirte a la próxima estación: tu vida.

LA VIDA SE VIVE HACIA DELANTE PERO PARA ENTENDERLA
HAY QUE MIRAR HACIA ATRÁS.





UN GESTO INVISIBLE

Era su primer día de clase. Nico había insistido a su abuelo tantas veces para que le dejara ir a la escuela que cuando llegó el ansiado día estaba entusiasmado.

El abuelo de Nico era el Señor Cuervo, un pájaro muy conocido en la aldea por su gran ambición así como por su enorme avaricia. Tenía el huerto más extenso de la comarca y, desde que era joven, había empleado todo su tiempo y esfuerzo en conseguir la mejor cosecha de todas.

Aquel día, Nico coincidió en la escuela con Berta, una pequeña y alegre cigüeña que, tras ver al nuevo alumno algo perdido, no dudó en acercarse a él.

—¡Hola, cuervo! ¿Eres nuevo? Nunca antes te había visto por aquí...

—Sí —respondió tímidamente Nico—. Hoy es mi primer día en la escuela.

—No te preocupes, aquí seguro que lo pasarás muy bien. ¿Cómo te llamas? —preguntó Berta con interés.

—Nico —respondió él.

—¡Encantada, Nico! Yo soy Berta y este es mi tercer año. Mi abuela quiso que empezara pronto la escuela porque dice que aquí aprenderé muchas cosas.

A las pocas semanas, Berta y Nico ya eran grandes amigos. No había día en que no se

sentaran juntos en clase o no compartieran los mismos juegos en el recreo. Una mañana, la inquieta y risueña Berta tuvo una gran idea:

—Nico, me encantaría que vinieras a mi casa a jugar. Mi abuela nos preparará una fantástica merienda mientras nos cuenta historias divertidas. ¡Te espero mañana a la salida de la escuela! —dijo la pequeña cigüeña.

Emocionado, Nico voló a casa para contárselo a su abuelo:

—Abuelo... ¡Berta me ha invitado a jugar con ella mañana a la salida de la escuela! ¿Puedo ir?, ¿puedo ir? —preguntó Nico entre saltos y revoloteos.

—¿Berta? ¿Quién es Berta? —respondió el abuelo.

—¡Una cigüeña! ¡Es mi nueva amiga! ¿Puedo ir?

—¿Una cigüeña? ¿Qué haces tú con una cigüeña, Nico? ¡Tú perteneces a la familia de los cuervos! —exclamó el abuelo.

Pero fue tanta la insistencia de Nico y la ilusión que el Señor Cuervo vio en sus ojos que, finalmente, no tuvo más remedio que acceder al deseo de su nieto.

Cuando al día siguiente Nico llegó a casa de Berta, la abuela ya estaba preparada en la puerta:

—Espero que hayáis venido con ganas de pasear porque ¡nos vamos de excursión! —exclamó—. ¡Vamos a visitar nuestro huerto!

Los tres juntos pasaron una tarde inolvidable: la abuela de Berta les contó un montón de anécdotas fascinantes y, entre historia e historia, también les enseñó a recolectar algunas frutas y verduras. Antes del atardecer, Berta y Nico ayudaron a la Señora Cigüeña a llenar la cesta y echaron a volar de vuelta a casa. Por el camino se encontraron con varios animales y la abuela de Berta repartió entre ellos algunos de los frutos que habían recogido en el huerto:

—¡Tome, Señora Coneja! Le traigo unas zanahorias que acabo de recoger de mi huerto. ¡Seguro que a sus pequeños les encantan! —anunció sonriendo la abuela de Berta.

—Aquí tiene, Señor Gallo, unos estupendos calabacines para la cena.

—Querido Ciervo, tome estas cebollas. ¡Están recién cortadas!

Todos los animales aceptaron de buena gana los presentes de la abuela.

—Muchísimas gracias, Señora Cigüeña. ¡Es usted tan generosa...! —exclamaban.

Antes de despedirse, la abuela de Berta preparó también una cesta con frutas y verduras para el abuelo de Nico.

—Aquí tienes, pequeño cuervo. ¡Un regalo para tu familia!

—¡Gracias, Señora Cigüeña! —respondió Nico mientras cogía la enorme cesta.

Al llegar a casa, Nico depositó la cesta de frutas sobre la mesa del rincón donde se encontraba su abuelo y fue a sentarse junto a él. Le contó cada detalle de aquella estupenda experiencia y estaba tan emocionado que le propuso invitar a Berta a su huerto al día siguiente para que pudiera probarlas.

—¡Estás loco! ¿Cómo vamos a invitar a una cigüeña? ¿Cómo vamos a dar nuestra cosecha a nadie? ¡Con el trabajo que cuesta mantener todo lo que hemos conseguido!

—Pero ellas me invitaron a probar sus frutas y verduras y fueron muy amables conmigo, abuelo... ¡Y nosotros tenemos una cosecha tan grande! —protestó Nico.

—Pues aquí nadie regala nada —respondió con rotundidad—. ¡Métete eso en la cabeza!

Mientras el Señor Cuervo se marchaba irritado, Nico alzó la voz para preguntarle:

—¡Abuelo! ¿Para qué queremos tener el mejor huerto si no podemos disfrutarlo?

El Señor Cuervo se volvió hacia su nieto y exclamó:

—¡Ah! Y mañana devuelve esa cesta de frutas a la Señora Cigüeña. Esta familia tiene el mejor huerto y los mejores frutos de toda la comarca. ¡No necesitamos que nadie nos regale nada!

Una mañana, semanas más tarde, Nico se despertó sobresaltado. Desde su cama podía oír el barullo que había en la calle. «¿Qué vamos a hacer ahora?», se escuchaba de fondo. «¿Cómo ha podido pasar?» El pequeño cuervo se asomó a la ventana y vio cómo los animales salían a las calles para hablar de las consecuencias de la catástrofe: esa noche una terrible tormenta había devastado los campos.

«¡No ha quedado ni un solo fruto!», dijo el Señor Zorro. «Después de tanto esfuerzo...», se lamentaba la Señora Comadreja. Inmediatamente, Nico echó a volar al huerto de su abuelo. Batía sus alas con toda la fuerza que le permitía la angustia que sentía por llegar y ver qué había pasado con la cosecha de su familia.

Al llegar a la entrada del huerto, Nico se posó abatido sobre una de las pocas ramas que habían sobrevivido al temporal: «¡Qué desastre! ¡Ha desaparecido todo!», exclamó. «¡Abuelo! ¡Abuelo!», gritó desesperado. El pequeño cuervo encontró a su abuelo desolado en un rincón del devastado huerto. Con la cabeza entre las alas, el Señor Cuervo lloraba desconsolado mientras repetía entre sollozos: «¡Mi huerto... mi huerto!».

—Abuelo... ¡Arreglaremos este desastre entre todos! —dijo Nico tratando de consolar

a su abuelo.

—Es imposible... jamás volveremos a tener un huerto como el que teníamos. ¡Qué desgracia!

Al otro lado del pueblo, Berta y su abuela recorrían sobre sus largas y zancudas patas las anegadas tierras en busca de algunos frutos que pudieran haberse salvado, pero apenas tuvieron suerte. De pronto, en mitad de la búsqueda, comenzó a ocurrir algo extraordinario:

—Señora Cigüeña, le traigo una zanahoria de las dos que tenía guardadas en mi madriguera —vino a decirle la Señora Coneja—. No es mucho, pero es todo cuanto puedo ofrecer.

—¡Qué amable, Señora Coneja! Da más quien entrega uno teniendo dos, que quien da cinco teniendo diez. ¡Gracias por su generosidad!

—Señora Cigüeña, la tormenta también ha arrasado mi huerto y no puedo ofrecerle nada de la cosecha. Sin embargo, le traigo unos huevos que acabo de poner —dijo la Señora Gallina—. No es mucho, pero es todo cuanto puedo ofrecer.

—¡Qué amable, Señora Gallina! La abundancia poco tiene que ver con la cantidad, sino con la calidad de quien lo ofrece. ¡Gracias por su generosidad!

—Señora Cigüeña, yo no tengo nada, pero le ofrezco mi pico para arreglar su caseta —le comentó el Pájaro Carpintero—. No es mucho, pero es todo cuanto puedo ofrecer.

—¡Qué amable, Señor Pájaro Carpintero! La verdadera riqueza está en los que te sostienen cuando más lo necesitas. ¡Gracias por su generosidad!

Uno a uno, todos los animales de la aldea se fueron aproximando a la Señora Cigüeña para ofrecerle cuanto podían. Poco tiempo después, Nico llegó también, y, alicaído, se posó junto a la abuela de Berta.

—¡Qué suerte tiene, Señora Cigüeña...! Mi abuelo también lo ha perdido todo, pero ningún vecino se ha acercado a darle nada...

—No te preocupes, Nico. Cuando me trajiste de vuelta la cesta la guardé en un sitio seguro por si en algún momento decidíais aceptarla. Toma, llévasela de nuevo a tu abuelo.

Agradeciendo el gesto de la Señora Cigüeña, Nico se dirigió nuevamente al encuentro de su abuelo con la cesta rebosante de frutas.

—¿De dónde has sacado esa cesta, Nico? —preguntó el Señor Cuervo con desconfianza.

—La Señora Cigüeña me la ha dado de nuevo para ti.

Nico dejó la cesta encima de la mesa, al lado de su abuelo, y salió al huerto a recoger los restos de ramas que quedaban en el suelo. El Señor Cuervo esperó a estar solo y, con cierto desdén y curiosidad, se acercó lentamente a ella. En su interior encontró gran variedad de frutas y, al coger una de las manzanas, descubrió una nota en la que se podía leer:

«NO ES MÁS RICO QUIEN MÁS COSAS TIENE, SINO QUIEN DE
MÁS AMIGOS DISPONE».





EL TALISMÁN

Se rumoreaba que en aquel bazar se escondían antídotos secretos y conjuros especiales nunca antes conocidos. El anciano sabio que allí vivía era experto en encontrar soluciones mágicas para los problemas de las personas que, angustiadas, acudían a pedirle consejo.

Como cada día, se sentó en su silla a esperar la llegada de algún visitante a quien poder ofrecer sus servicios. Era casi mediodía cuando una pareja se presentó ante su puerta.

—Buenos días, apreciado maestro —dijo la mujer con voz temblorosa—. Hemos oído que es usted un gran sabio capaz de encontrar remedios para cualquier problema. Verá, mi marido y yo nos queremos mucho y siempre hemos sido muy felices, pero desde hace un tiempo parece que siempre estamos enfadados y no hacemos otra cosa que discutir.

—Necesitamos un remedio que nos haga recuperar la tranquilidad para que nuestro amor sea eterno —añadió él, esperanzado.

El anciano, tras una breve pausa, chascó sus dedos y exclamó:

—¡Creo que tengo la solución! Esperad aquí un segundo.

Apartó la silla y caminó hacia una de las habitaciones que se hallaban tras el mostrador. Pasados unos minutos, regresó con un pequeño paquete envuelto entre sus manos.

—Aquí tengo el remedio a vuestro problema —dijo con satisfacción—. Es un talismán muy especial, pero debéis prometerme que no lo abríreis hasta que no haya transcurrido al menos un día entero sin que hayáis discutido.

La pareja aceptó aquella curiosa condición y, aunque durante el camino de vuelta sintieron la tentación de abrir el misterioso paquete, ambos decidieron mantener su palabra.

Pasaban los días y el paquete seguía envuelto. No había forma de que evitaran discutir. Unas veces era ella quien empezaba la discusión; otras veces era él... pero fuera quien fuese quien empezara, siempre encontraban una razón para estar enfadados.

—Quizá deberíamos abrirlo —dijo ella—. Así descubriríamos el secreto y dejaríamos de pelearnos.

—No —respondió él—. Le hicimos una promesa al anciano y debemos cumplirla. Esforcémonos un poco más y podremos satisfacer nuestra curiosidad.

Así fue como, haciendo un gran sacrificio, lograron pasar, por primera vez en mucho tiempo, un día entero sin enfadarse el uno con el otro.

A la mañana siguiente, corrieron ilusionados a abrir el ansiado paquete.

—¿Una goma elástica? —exclamaron al unísono—. ¿Qué tipo de remedio es este?

Decepcionados, acudieron de inmediato al antiguo bazar, donde, como de costumbre, esperaba el viejo sabio sentado. Él sabía que tarde o temprano la pareja volvería a presentarse. Aun así, pareció sorprenderse con la visita:

—¡Qué sorpresa volver a veros! Contadme, ¿cómo os fue con mi remedio?

Apenas pudo terminar de formular la pregunta cuando el hombre se acercó y, levantando la voz, le reprochó:

—¡Qué decepción! Después de varios días intentando cumplir su condición, finalmente logramos estar un día entero sin discutir, y cuando por fin abrimos el paquete... ¿Qué había dentro? Una goma elástica. ¡Una goma elástica! ¿Usted cree que con esto nuestro problema desaparecerá? ¿Esto es lo que hace por las parejas para que permanezcan unidas?

—Esa goma elástica es un talismán —respondió el anciano con calma—. Por sí misma no tiene sentido. Pasad a la habitación del fondo y hablaremos sobre ello... Os prepararé una taza de té.

Obedeciendo las palabras del viejo, la pareja avanzó despacio por un estrecho pasillo, tratando de no derribar ninguno de los cientos de frascos y pociones que se amontonaban

en las estanterías de aquel insólito pasadizo. Una vez en la habitación, el viejo sabio sirvió el té y continuó con su explicación:

—De alguna manera, el enfado es como una goma elástica. Veréis: sostened la goma cada uno de un extremo y tensadla con fuerza.

En el momento en el que la pareja comenzó a estirar la goma, el anciano insistió:

—Cada vez que discutimos con alguna persona e intentamos defender nuestra postura ocurre algo parecido a lo que estáis haciendo ahora con la goma elástica. ¿Qué pasará si continuáis tirando en direcciones opuestas?

—¡Que la goma se romperá! —respondió la mujer.

—Exacto —intervino el sabio—. Y cuando esto pase... ¡os golpeará con fuerza a los dos!

—Es verdad... En muchas ocasiones los dos tiramos demasiado, pero cuando nos damos cuenta de lo ocurrido, nos arrepentimos y dejamos de tensar. Es la única manera de que la goma vuelva a su estado inicial, ¿verdad? —preguntó él.

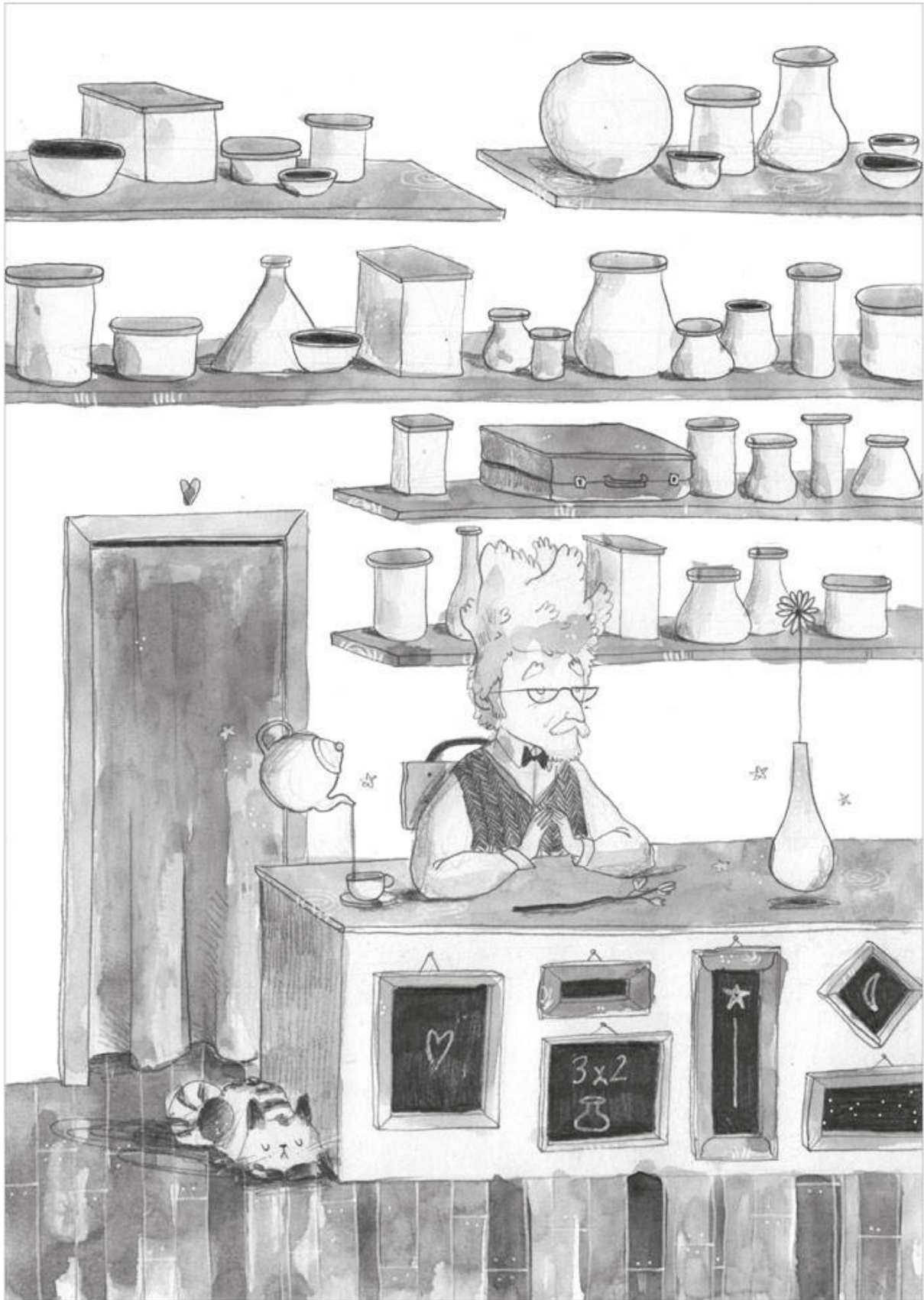
—¡Claro! —respondió el anciano—. Aunque no debéis olvidar que de tanto tirar, la goma se va dando de sí y es difícil que recupere su forma original. Con las relaciones ocurre lo mismo: es difícil restablecer de nuevo el equilibrio y la confianza cuando se tensan demasiado. El daño en algunos casos puede ser irreversible.

La pareja guardó silencio ante las palabras del viejo sabio.

—¿Qué nos propone, entonces? —preguntaron con curiosidad.

—Todos tenemos derecho a enfadarnos y en ocasiones resulta inevitable tensar nuestra goma... Pero nunca olvidéis valorar juntos las consecuencias de tirar un poquito o de hacerlo en exceso.

ENFADARSE ES SENCILLO Y ESTÁ AL ALCANCE DE
CUALQUIERA; ENFADARSE BIEN, POR EL CONTRARIO, ES UN
ARTE QUE SOLO UNOS POCOS CONSIGUEN.





EL PUEBLO DE LAS PALABRAS OLVIDADAS

Cualquier artista que hubiese inmortalizado Cancia en sus lienzos habría utilizado la gama de grises. No solo porque el clima no acompañaba a este lugar, sino porque desde hacía mucho tiempo a esta aldea le faltaba vida. Las personas que allí vivían mostraban cierta tristeza y, a menudo, pasaban inadvertidas incluso ante sus propios vecinos.

Un día, guiado por la casualidad, llegó hasta allí un joven aventurero. Llevaba varios años viajando y sintió que era el momento de hacer un alto en el camino. No le importó el aspecto triste y apagado de la aldea. Para él, aquel lugar era tan bueno como cualquier otro.

El apuesto aventurero, lejos de mostrar en su rostro síntomas de cansancio tras tantos kilómetros recorridos, lucía una gran sonrisa e irradiaba felicidad. Pronto, su energía y simpatía empezaron a llamar la atención entre las personas que encontraba a su paso.

Andrés, que así se llamaba, se hospedó en la posada del pueblo. Una vez instalado, se dirigió a la taberna de Cancia para así empezar a conocer a los vecinos.

—¡Buenos días, caballero! Mi nombre es Andrés y acabo de llegar al pueblo. ¿Podría servirme un café, por favor?

Sin decir una palabra, el camarero le sirvió la infusión y prosiguió con su tarea.

—¡Gracias! —dijo Andrés.

«¿Gracias? ¿Ha dicho “gracias”? —pensó el camarero—. ¡Qué raro!»

Mientras continuaba con su trabajo, aquella expresión seguía resonando en la cabeza del camarero. «¡Cuánto tiempo sin escuchar esa palabra!», pensó.

Al llegar a casa, aún sorprendido, decidió aguardar a la cena y hacer un pequeño experimento con su familia.

—¿Podrías acercarme un poco de pan? —preguntó a su mujer con amabilidad.

—¡Claro! Aquí tienes.

A continuación, el hombre exclamó: «¡Gracias!».

Su hijo, que allí se encontraba, levantó la mirada y, dirigiéndose a su padre, preguntó:

—¿Qué quiere decir «gracias»?

Entonces, su padre se lo explicó todo:

—«Gracias» es una palabra que se usaba hace tiempo para reconocer la gentileza de las personas. Lo cierto es que hacía mucho que aquí no se utilizaba... Esta mañana llegó a la taberna un joven y, tras servirle un café, pronunció esa palabra. Fue agradable volver a escucharla.

—¿Y por qué nosotros nunca la utilizamos, papá? —preguntó inocentemente el hijo.

El padre acarició al niño y, con cierta nostalgia, solo pudo ofrecerle una sonrisa por respuesta.

Al día siguiente, Andrés decidió salir a dar un paseo por las calles del pueblo. Iba tan ensimismado que, sin darse cuenta, tropezó con una pequeña bolsa de unos niños que allí jugaban. Se trataba de un saquito de canicas que ahora rodaban esparcidas por el suelo.

—¡Perdón! —exclamó Andrés.

Los niños, sin entender qué quería decir con aquella palabra, le miraron con desconfianza, pensando que quizá se tratara de una palabrota, e inmediatamente después, fueron a recuperar sus canicas. Cuando el mayor de ellos llegó a su casa, no tardó en contarles a sus padres lo ocurrido y, con curiosidad, les preguntó por el significado de aquella expresión tan rara.

—«Perdón» es una palabra que se utilizaba hace muchísimo tiempo para disculparse por algo —le explicó su madre.

A medida que los días iban pasando, Andrés se iba sintiendo cada vez más cómodo en aquel lugar. Tanto era así que comenzó a decorar la habitación donde se hospedaba. Al principio, colgó algunas fotos de sus numerosos viajes; más adelante, fue añadiendo libros de aventuras en la estantería... «En esta habitación falta algo... —pensó Andrés—. ¡Una planta!» El joven aventurero caminó hasta la floristería de Cancia en busca de

la planta que terminaría de crear su pequeño hogar dentro de aquella habitación. Nada más abrir la puerta de la floristería vio aquellos preciosos ojos. Eran de Ana, la dueña de la floristería, una dulce muchacha de quien se enamoró perdidamente.

Tras un breve pero hermoso romance, una noche Andrés la abrazó y le susurró:

—Te quiero.

Ana no entendía lo que Andrés quería decir. Sin embargo, sus mejillas se sonrojaron.

—¿Te quiero? ¡Qué expresión tan bonita! ¿Qué quiere decir? —preguntó Ana con emoción.

—¿Cómo? ¿No sabes lo que significa? ¿Nunca te han dicho «te quiero»?

—No —respondió ella ruborizada.

—«Te quiero» es una forma de expresar cariño y afecto por alguien —explicó Andrés extrañado.

Ana le miró tímidamente a los ojos y susurró:

—Te quiero...

Ambos jóvenes se despidieron con la promesa de verse al día siguiente y se fundieron en un bonito beso.

Al regresar a casa, Ana se dirigió a la habitación donde se encontraba su abuela y, con ternura, le dijo:

—Abuela, te quiero.

Un escalofrío recorrió el cuerpo de la abuela, quien, emocionada, estrechó a Ana entre sus brazos.

—Cariño, ¿quién te ha dicho eso? ¡Hacía tanto tiempo que no escuchaba esas palabras...! ¿Sabes? Recuerdo que cuando era pequeña mi padre solía decírmelo a menudo, pero después...

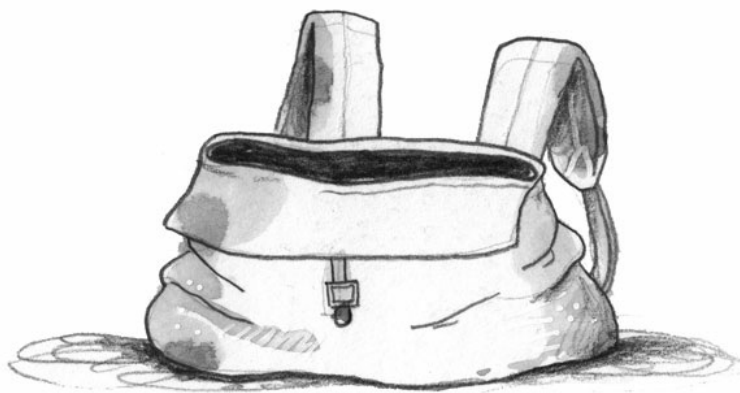
—¿Después? ¿Qué ocurrió después? —preguntó Ana intrigada.

—Bueno... Hace muchos años, antes de que todo se volviera triste y gris, en el pueblo empezó a decirse que mostrar los sentimientos hacía a las personas más débiles. Poco a poco, esta idea fue extendiéndose entre la gente y aquella palabra, junto a otras también maravillosas, fueron olvidadas para siempre.

No se sabe con certeza cuánto tiempo estuvo Andrés allí. De lo que sí se tiene constancia es de que aquellas tres palabras que les enseñó cambiaron el lugar. Aquel pueblo que antes era gris recuperó su luz y las palabras olvidadas empezaron a dejar huella en el corazón de las personas.

NUESTRO MUNDO ES TAN HERMOSO COMO LAS PALABRAS QUE
PRONUNCIAMOS.





A RAS DEL SUEÑO

En un lejano reino existían dos mundos diferentes separados por una frontera. No era una frontera como la de los demás reinos, pues, lejos de estar construida sobre altos muros de ladrillo, esta flotaba sobre el aire y estaba hecha de nubes que cambiaban su color en función del lugar desde donde se miraran. Si se hacía desde abajo, los colores se volvían más oscuros y apagados, pero si se miraba desde arriba dibujaban un precioso paisaje de luces alegres y brillantes. Todos los habitantes del reino nacían sobre esta frontera, pero a medida que crecían empezaban a subir o bajar dependiendo de un único motivo: su manera de afrontar la vida. Por encima se encontraban las personas que lograban vivir con valentía; por debajo, aquellas que, de algún modo, vivían acompañadas de miedo. Si bien el cielo era un lugar maravilloso para vivir, en el suelo la vida resultaba apagada, triste y demasiado aburrida.

Onírica, al igual que todos los demás habitantes, nació en aquella línea. Ella era soñadora, valiente y capaz de crear un mundo de posibilidades para alcanzar sus sueños. Ella vivía cada reto que se le presentaba como una oportunidad para superarse y, como era de esperar, no tardó mucho en dirigirse hacia arriba. Onírica vivía y disfrutaba en el mundo del cielo.

La vida de Amnesia, por el contrario, era bastante diferente. El miedo la acompañaba y, a pesar de tratar de combatirlo con todas sus fuerzas, nunca lograba deshacerse de él. A diferencia de Onírica, siempre se quedaba a un paso de conseguir lo que se proponía. Así fue como, a lo largo de los años, su mochila fue llenándose de intentos fallidos. Con una carga tan pesada solo podía vivir en un mundo: a ras del suelo.

Sin embargo, a Amnesia no le gustaba vivir en aquel lugar y siempre estaba pensando en la forma de escapar de allí. Una noche soñó que volaba en un precioso globo hasta alcanzar el cielo, lo que interpretó como una señal. Esperanzada, nada más despertarse decidió construirse uno. Al principio no tenía muchos materiales, y los pocos de los que disponía apenas le permitían elevarse unos metros sobre el suelo. Sin embargo, nada podía frenar el ímpetu de Amnesia. Era tan testaruda que no pensaba cesar hasta encontrar los materiales adecuados.

Mientras procuraba afanosamente terminar su globo, notó que alguien llamaba su atención tocándole en su hombro derecho.

—¡Hola! ¿Te acuerdas de mí, Amnesia?

—No... ¿Cómo sabes mi nombre?

—¡Soy Onírica! Nacimos el mismo día en la frontera que separa los dos mundos. Pero al poco tiempo, nos separamos.

—Entonces, ¿tú vives en el cielo?

—Sí, he vivido casi toda mi vida allí.

—¿En serio? —exclamó Amnesia con gran admiración—. ¿Y aquello es tan bonito como cuentan? Siempre he oído decir que allí arriba las cosas son más tranquilas y se respira mejor que aquí.

—¡En el cielo se vive muy bien, Amnesia! El aire no está contaminado de miedos como aquí y la valentía es lo que caracteriza a las personas que vivimos en aquel lugar. Es maravilloso pues, allí, tus sueños se hacen realidad.

—Entonces... ¿por qué has bajado?

—Porque incluso las personas más fuertes caen en algún momento —respondió Onírica.

—¡Yo quiero conocer ese mundo! Estoy intentando construir un globo para poder llegar hasta allí, pero no lo consigo... El aire de aquí está sucio y el miedo pesa demasiado e impide que mi globo se eleve. ¿Qué es más resistente que el miedo?

—¡El amor, Amnesia! El amor es el hilo que trenza el tejido más resistente del mundo. ¡Vamos a buscar retales de buenos momentos para coserlos con ese hilo resistente! ¡Así confeccionaremos una tela para el globo a prueba de miedos! —la animó Onírica.

Amnesia, sentada en el suelo y siguiendo el consejo de su amiga, tejía momentos con ilusión. Onírica, mientras tanto, echó un vistazo alrededor del globo para descubrir qué

era lo que podía estar frenando su vuelo. Pero no encontró nada que le impidiera alzarse. Luego se fijó en su amiga.

—¡Amnesia! —exclamó Onírica asombrada—. Pero ¿cómo vas a volar con esa mochila que llevas ahí?

—¿Cuál? ¿Esta de aquí? —dijo señalando su espalda—. No sé, siempre la he llevado conmigo... La verdad es que pesa bastante...

—No te preocupes, es la mochila del pasado. Todos tenemos una... Pero es preciso soltarla para poder elevarse. O, por lo menos, descargarla y aligerarla lo suficiente como para que no te impida volar y poder así conseguir tu sueño. ¿Entiendes?

—¿Y cómo puedo aligerarla? ¿Cómo puedo saber si mi mochila pesa demasiado? Estoy acostumbrada a cargar con este peso y...

—Muy fácil —la interrumpió Onírica—. Cuando tu pasado pese más que tu ilusión por el futuro, no lo dudes: es el momento de soltar lastre. Al principio es difícil, porque estás acostumbrada a llevar la mochila auestas, pero... ¡ya verás qué alivio cuando consigas deshacerte de ella!

—¿Me ayudarás a vaciarla, Onírica? ¡Podríamos irnos juntas al cielo y así podrías enseñarme todas las cosas bonitas que hay allí! —dijo con ilusión Amnesia.

—Yo te ayudaré a soltar parte del peso, pero es necesario que el resto del trabajo lo hagas tú. Hacer cosas por nosotros mismos es uno de los mayores actos de valentía que existen, y eso, amiga Amnesia, es una de las cualidades más necesarias para poder volar.

—Entonces... Si soy valiente, ¿yo también podré volar? ¿Dejaré de tener miedo?

—No exactamente. La valentía no significa que no tengas miedo, ¡todos sentimos miedo! Lo que ocurre es que no todos lo afrontamos de la misma manera.

Onírica hizo una pausa y sentenció:

—La valentía es como una flor que crece entre el miedo.

Amnesia continuó tejiendo mientras se imaginaba viviendo en el cielo con valentía.

—Entonces... ¿vendrás conmigo? —insistió.

—Me temo que no, Amnesia. La valentía también significa aceptar los momentos de bajada como parte del vuelo. Aún necesito estar un tiempo en este mundo para recuperarme. Nos veremos muy pronto por allí.

Amnesia, con su globo ya preparado para partir, abrazó a Onírica con la esperanza de reencontrarse con ella en el cielo.

—¡Sube al globo, Amnesia! A la de tres, vamos a empezar a vaciar tu mochila. Yo te

ayudaré a elevarte desde aquí fuera. Después, recuerda ir aligerando peso tú misma para que tu pasado nunca pese más que tus sueños.

—¡Adelante, amiga Onírica! ¡Gracias por todo!

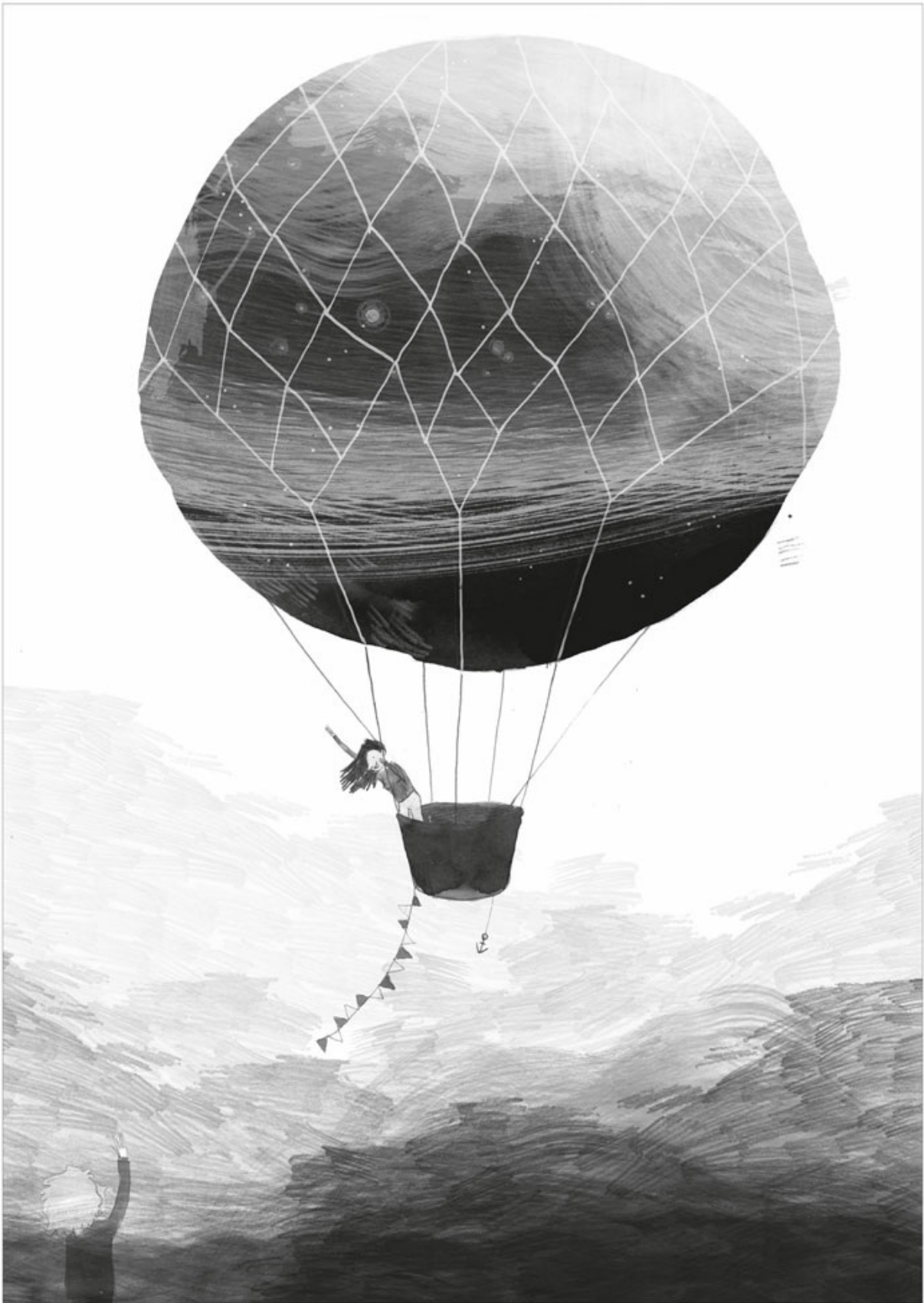
Entre ambas amigas fueron soltando peso y el globo comenzó a elevarse. Onírica, desde el suelo, despedía con su mano a Amnesia. Esta, a medida que soltaba trocitos de su pasado, se iba sintiendo más ligera, más libre y mucho más ilusionada. Empezó a ver el mundo donde vivía en perspectiva y se dio cuenta de que, cuando miraba las cosas desde fuera, alcanzaba a ver matices que de cerca le pasaban desapercibidos. Solo en ese momento pudo ver la colección de miedos que había acumulado durante años por no atreverse a afrontar la vida con valentía.

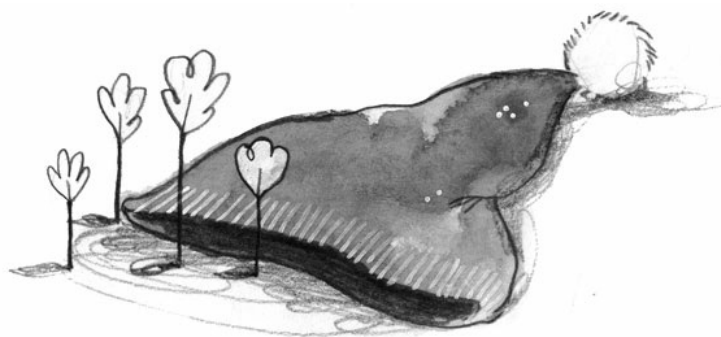
A medida que fue ascendiendo empezó a marearse. Cuanto más se elevaba, más vértigo sentía. Por un segundo se le pasó por la cabeza la posibilidad de regresar al suelo, donde todo era más seguro.

Miró la tela del globo que había tejido y vio todo el esfuerzo e ilusión que había puesto en ese sueño. Ahí encontró motivos para seguir. A pesar del vértigo, se aferró con fuerza a las cuerdas del globo y continuó elevándose. Comprendió que la valentía y el miedo no eran cosas opuestas como le habían contado y entendió finalmente el mensaje de Onírica. Al fin y al cabo, en eso consiste la vida: en continuar viviendo a pesar del miedo.

Cuentan que desde que se tomó los miedos *a la ligera*, Amnesia fue capaz de volar y, desde entonces, nunca más volvió a vivir a ras del suelo.

NO PERMITAS QUE TUS MIEDOS PESEN MÁS QUE TUS SUEÑOS.





ANTÁRTIDA

Lo suyo era el frío. Estaba acostumbrada a tiritar por dentro. Sentía corrientes de aire cada dos por tres, la piel se le erizaba a menudo y el alma se le congelaba con facilidad.

No recordaba cuándo empezaron aquellos temblores en su interior, seguramente fuera algo progresivo. Antártida se había habituado a las bajas temperaturas: un día frío sin una mirada, otro ventoso sin una caricia, el siguiente tormentoso sin un beso... Todo aquello provocó que poco a poco se fuera despojando de lo que verdaderamente abriga el corazón.

Tantos años sin ser arropada tuvieron sus consecuencias.

A pesar de los grados bajo cero, Antártida nunca utilizaba bufanda cuando salía a la calle. Prefería vivir afónica antes que pronunciar todo aquello que a la fuerza silenciaba. Tampoco usaba guantes, era la mejor manera que encontraba de conservar las manos dormidas y no aferrarse, así, a nada. Eso sí: siempre llevaba un gorrito de lana que le tapaba las orejas. De ese modo no escuchaba ciertas palabras y aquello le permitía aislarse del mundo.

Antártida salió de casa como todas las mañanas. El cielo estaba gris, llovía con fuerza y las calles estaban vacías... El viento soplaba cada vez más fuerte, y eso hacía que a Antártida le resultase difícil levantar la cabeza e incluso caminar. No lo pensó dos veces: en lugar de hacer el camino a pie, aquella mañana tomaría el autobús.

Una vez en la parada, Antártida comenzó a sacudirse la ropa. Tenía los pies calados y el frío le penetraba hasta los huesos. De pronto, sintió una presencia detrás de ella. Su corazón empezó a latir con fuerza. Fue un momento breve, pero a ella le pareció una eternidad. Para cualquiera, podría tratarse de un simple gesto. Para ella significó mucho

más. Una mano se acercó a la altura de su hombro y la cubrió con un paraguas. Ese fue el instante que lo cambió todo.

Antártida se quedó casi sin respiración. Un suspiro, como si de vaho se tratase, empezó a descongelar poco a poco su interior. Dejó de sentir la lluvia. Dejó de sentir el frío. Por un momento, Antártida dejó de tiritar. Por primera vez en mucho tiempo, sintió verdadero calor. Aquella persona misteriosa le había dado más que muchas otras en su vida: la sensación de ser cuidada y merecedora de cariño.

Bajo la protección de aquel paraguas empezaron a acudir algunas imágenes a su cabeza: aquellas largas noches bajo la luz de una vela... esas horas junto al teléfono esperando una respuesta... o aquellos viajes en balde al buzón. Más adelante, aparecieron recuerdos aún más nítidos y dolorosos para ella, como todas las veces en las que dijo «sí» cuando quería decir «no» o esas otras en las que se mostró fuerte a pesar de sentirse frágil. Incluso recordó todas aquellas situaciones en las que aprendió a sonreír aunque por dentro no dejase de llorar.

Aquellos años habían sido difíciles para Antártida. Fue tan intenso el dolor, que el frío y la distancia se habían apoderado de sus recuerdos, congelándolos temporalmente para evitar así más sufrimiento.

Desde el momento en que se dio cuenta de esto, Antártida se reconoció vulnerable y pudo percibir todo lo que durante años había evitado sentir. Aquello que tanto se había empeñado en tapar ahora afloraba con más intensidad.

Y es que lo que Antártida sentía no era solo frío: había congelado sus vivencias más tristes y, de esa manera, anestesiado el dolor para evitar que cualquier sentimiento dañase su interior. Solo en el momento en el que aceptó cómo se sentía se empezó a derretir por dentro. Tras aquella revelación, ocurrió algo que hacía años que no sucedía: Antártida volvió a llorar. Su deshielo interior se asomaba lentamente a través de las lágrimas que recorrían sus mejillas. A medida que limpiaban sus ojos, comenzaron a limpiarla por dentro.

Confesarse vulnerable fue el mayor gesto de valentía que se había regalado a sí misma en mucho tiempo.

El autobús se acercaba. Levantó su mirada y agradeció el gesto a aquel desconocido.

Antártida subió al autobús aliviada, sin el peso del hielo en su interior.

Ocupó el primer asiento que vio libre y, tras un suspiro, sintió que aquel momento era el inicio de su nueva vida.

... y, sonriéndose a sí misma, por fin, se despojó de su inseparable gorrito de lana.

LAS LÁGRIMAS SON EL DESHIELO DEL DOLOR.





UN CORAZÓN A CONTRATIEMPO

Abriéndose camino, llegó al patio de butacas con la función ya comenzada. Tras acomodarse en su asiento y respirar aliviado, el tímido soldadito miró al escenario. ¡Allí estaba ella! Lucía un precioso vestido blanco y, en el pelo, un lazo rojo que anudaba su larga trenza.

Al verla, su corazón comenzó a latir con fuerza. «¿Qué me pasa? —pensó asustado—. ¡Mi corazón late demasiado deprisa!».

Era la primera vez que sentía algo parecido. Desde que nació, fueron muchos los médicos que habían investigado su curioso caso, pero ninguno logró desvelar la razón por la cual el soldadito poseía un corazón tan... ¡lento!

Su extraña dificultad le hacía cometer todo tipo de torpezas, pero sin duda, había una que le afligía más que el resto: ¡El soldadito era incapaz de llegar puntual!

Hipnotizado por los delicados movimientos de aquella bailarina, su corazón latía a un ritmo inimaginablemente veloz. Cuando la actuación finalizó, cayó el telón y, con él, la cadencia de su corazón. Desde el momento que dejó de ver a la bailarina, su compás volvió a enlentecerse.

Pasaban los días y el soldadito no podía dejar de pensar en la preciosa bailarina. Durante el transcurso de la semana reunió todo el valor que pudo para acudir a la siguiente actuación. Se dirigió al lugar donde la vio bailar por primera vez pero, al llegar allí, el escenario estaba vacío. Como de costumbre, el soldadito había llegado tarde: la función acababa de terminar. Entristecido por su retraso, regresó a casa.

«¡Quiero bailar con mi bailarina! —se decía a sí mismo—. ¿Cómo puedo lograrlo?» Entonces, recordó que al día siguiente tendría lugar el baile anual del castillo. Todos los habitantes del reino acudían allí cada año, por lo que quizá ella también asistiría. «¡Esta

vez no puedo llegar tarde! —exclamó mientras ponía en hora sus viejos relojes—. Ellos me avisarán.»

Fue tal su mala fortuna que cuando apareció en la fiesta, otro soldadito ya estaba bailando con ella. «¡No puede ser! —exclamó desconsolado—. ¡Otra vez me ha pasado! ¿Qué puedo hacer para llegar a tiempo?»

El soldadito deseaba tanto bailar con ella que siguió buscando la manera de entablar relación, pero por más que pensaba, no daba con la solución. De pronto, una idea acudió a su mente. «¡Ya lo tengo! —pronunció emocionado—. ¡Le enviaré una carta para que sepa de mí!» Y, tomando su delicada pluma, comenzó a escribir:

Querida bailarina:

Quizá te resulten extrañas estas palabras, pero necesito decirte algo importante. Desde que te vi bailar me cambió la vida: mi corazón comenzó a latir como tendría que haberlo hecho siempre.

He intentado acercarme a ti. Pero hay un problema que me impide llegar a tiempo. Desde que nací, mi corazón late tan lento que siempre llego tarde a todas partes. Sin embargo, cuando te vi sobre el escenario... ¡Mi corazón comenzó a latir con normalidad! Solo tú has conseguido sincronizarlo con tu presencia. ¡No imaginas cuánto significa para mí!

Me gustaría verte y sacarte a bailar.

Fdo.:

Tu soldadito de plomo

El soldadito enrolló la carta con delicadeza y la anudó a las patas de una paloma mensajera, confiando en que ella le hiciera llegar su mensaje.

La respuesta no se hizo esperar.

Querido soldadito:

Me encantaría conocerte, pero necesito que tu corazón esté siempre sincronizado con el mío, no

solo cuando estemos juntos. Solo así podré bailar contigo. Cada tarde, a las seis, enviaré a la paloma mensajera y tendrás noticias mías.

Espérala pase lo que pase.

Fdo.:

La bailarina del lazo rojo

Fue tan inmensa la alegría del soldadito que apenas podía dejar de sonreír. Rápidamente, comenzó a improvisar los primeros pasos para cuando llegase el ansiado momento de bailar con ella.

Al día siguiente, acudió con su habitual retraso a la cita con la paloma. Sentado bajo un árbol, esperaba con ilusión verla llegar, pero el tiempo pasaba y ella no aparecía. Al principio, esperaba impaciente; más tarde, angustiado. Comenzó a pensar que quizá la bailarina habría olvidado su promesa.

Cuando ya estaba a punto de marcharse, una hora después de lo acordado, la paloma llegó y entregó la esperada carta. El soldadito, se apresuró a abrirla.

—¡Está en blanco! —exclamó sorprendido—. ¡No hay nada escrito!

Con los ojos bañados en lágrimas, el soldadito regresó a casa dispuesto a escribir una nueva carta.

Querida bailarina:

Creo que ha habido un error. Al abrir tu carta no he encontrado nada escrito. Estaba en blanco.

Me gustaría saber de ti.

Fdo.:

Tu soldadito de plomo

Como cada tarde, alrededor de las seis, el soldadito se apresuró para llegar con el menor retraso posible. «¡Las seis y media! —exclamó—. Espero que la paloma no se haya marchado ya...», pensó. Sentado sobre la hierba decidió esperar un poco más. Mientras aguardaba, el soldadito alzó la vista y empezó a contemplar el paisaje. Observó

los enormes árboles, el lento movimiento de sus hojas y cómo algunos pajaritos se posaban en sus finas ramas. Sintió también el tacto de la brisa en su piel y el frescor que dejaba a su paso por su cuerpo. Por unos instantes, el soldadito se había olvidado de la carta. Estaba feliz contemplando las pequeñas cosas de su alrededor, como si nunca antes hubieran estado ahí. De pronto, unas gotas cayeron sobre su delicada piel. Lejos de resguardarse, se puso en pie y comenzó a pasear bajo la lluvia. Solo la paloma interrumpió aquel momento. El soldadito, secándose el agua de las manos, abrió el sobre.

«¿Será posible? —pronunció en voz alta—. ¡De nuevo una carta en blanco!» A pesar de su disgusto, el soldadito pudo sentir que en esta ocasión su desilusión era algo menor que la del día anterior. Igualmente, decidió escribir otra carta.

Querida bailarina:

La paloma llega cada día más tarde y las cartas que recibo aparecen en blanco...

Fdo.:

Tu soldadito de plomo

Un día más, el soldadito acudió al encuentro con la paloma mensajera. En esta ocasión, decidió esperarla leyendo un viejo libro de piratas y corsarios. Desde que era niño le había gustado leer historias de batallas en alta mar. «¡Quizá algún día pueda hacerme marinero!», dijo en mitad de una ensoñación. Aquella tarde el sol lucía radiante y el aroma de las rosas se extendía por el aire. Cuando llegó la paloma, el soldadito cerró su libro para leer la carta de su bailarina, pero una vez más, esta estaba en blanco.

A pesar de que cada tarde la paloma llegaba con más retraso y de recibir todos sus mensajes en blanco, el soldadito no perdía la esperanza. Día tras día aprendió a disfrutar de aquellos inusuales ratos de espera. «¡Qué extraño! Nunca había tenido que esperar a nadie. Siempre era yo quien se retrasaba...» El soldadito no se percató hasta ese momento de que, a lo largo de su vida, la angustia por llegar a tiempo le había hecho perder su capacidad para apreciar los detalles que tenía a su alrededor. Tras varias semanas, cayó en la cuenta de que a medida que disfrutaba de la espera, su corazón latía de un modo diferente: su ritmo se estaba normalizando.

Aquella tarde el soldadito llegó por primera vez a las seis. Sorprendido, vio a la paloma acercarse a lo lejos.

—¡Caramba! ¡Esta vez hemos llegado puntuales los dos! —dijo el soldadito. La paloma le entregó la carta y, sin pronunciar palabra alguna, emprendió de nuevo su vuelo.

Querido soldadito:

El presente es el regalo más valioso que tenemos.

Si has recibido esta carta a las seis significa que tu corazón se ha reparado y que has aprendido a sincronizarlo con el presente.

Ahora sí.

Te espero a las diez en el baile.

Ido.:

Tu bailarina

El soldadito se vistió con sus mejores galas para ese gran momento.

Aquel día no necesitó ningún reloj.

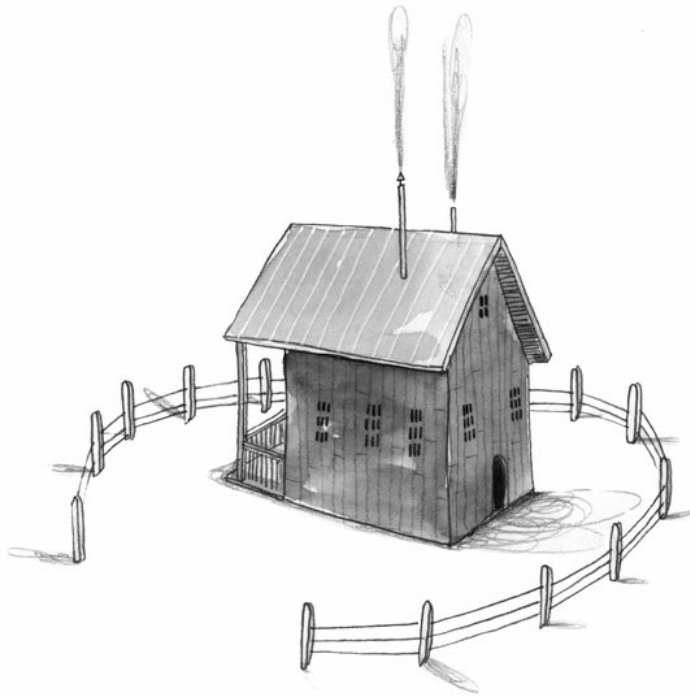
Avanzó con paso firme hasta las puertas del castillo, donde su hermosa bailarina le esperaba. Tras besar su mano y mostrarle su mejor sonrisa, entraron juntos en el salón.

Aquella noche el soldadito bailó junto a la bailarina horas y horas.

Nunca más tuvo que preocuparse por el reloj ni por el resto de los soldaditos, pues, desde aquel día, no pasa una sola noche en la que, puntual, no saque a su bailarina a bailar.

EL PRESENTE NO ES EL MEJOR MOMENTO PARA VIVIR.
ES EL ÚNICO.





LA LIBERTAD DE LA VALLA

Una joven cabalgaba por el mundo a lomos de su precioso caballo buscando tierras nuevas y lugares por explorar.

Una tarde, llegó a un bosque entre montañas donde encontró una pequeña y acogedora casa de madera. Aquel lugar estaba habitado por un viejo leñador que salía cada mañana al monte en busca de leña. Siempre regresaba de sus largas caminatas acarreando a sus espaldas todos los troncos que conseguía reunir para encender su hoguera y construir una valla alrededor de su hogar.

Aquella tarde, mientras el leñador trabajaba afanosamente cortando y clavando los maderos, la joven se acercó a él, bajó de su caballo y, quitándose el sombrero, comenzó a entablar conversación.

—¡Hola, buen hombre! —saludó—. Llevo muchos años viajando en busca de nuevos lugares. He oído decir que cerca de estas montañas hay un lago de aguas cristalinas. ¿Sabe usted dónde puedo encontrarlo?

—Detrás de estas montañas descubrirás lo que buscas —respondió el leñador—. ¿Puedo preguntarte algo yo a ti?

—¡Claro, señor!

—¿Por qué viajas tanto, jovencita? —indagó el leñador.

—¡Estoy conquistando el mundo!

—¿El mundo? —preguntó sorprendido—. ¿Para qué?

—¡Para sentirme libre! La libertad me hace sentir viva.

—¿Y te sientes libre? —insistió el leñador.

—¡Mucho! Puedo estar en tantos lugares distintos...

—¡Conocerás cientos de pueblos y tendrás miles de historias que contar!

—¡Ya lo creo! Verá... Me aburre estar mucho tiempo en el mismo sitio. Por eso me paso la vida recorriendo lugares nuevos que disfruto durante una temporada. Cuanto más viajo, más libre me siento. Al fin y al cabo, en eso consiste la libertad: en poder ir de un lado a otro sin límites, sintiendo que siempre quedan cosas nuevas por descubrir.

El leñador continuó con su tarea haciendo un pequeño ademán con la cabeza y, sonriendo, le preguntó:

—¿Y cuándo sabrás que has conquistado esa libertad?

—¡Cuando haya descubierto todos los países del mundo a lomos de mi caballo!

—¡Pero eso puede llevarte toda una vida!

—Es posible, señor. Pero habré pasado toda mi vida disfrutando de la libertad en mil lugares diferentes.

La joven se aproximó a la valla y esta vez le preguntó ella a él:

—¿Y usted? ¿Por qué construye esta valla? ¡Así nunca podrá ser libre!

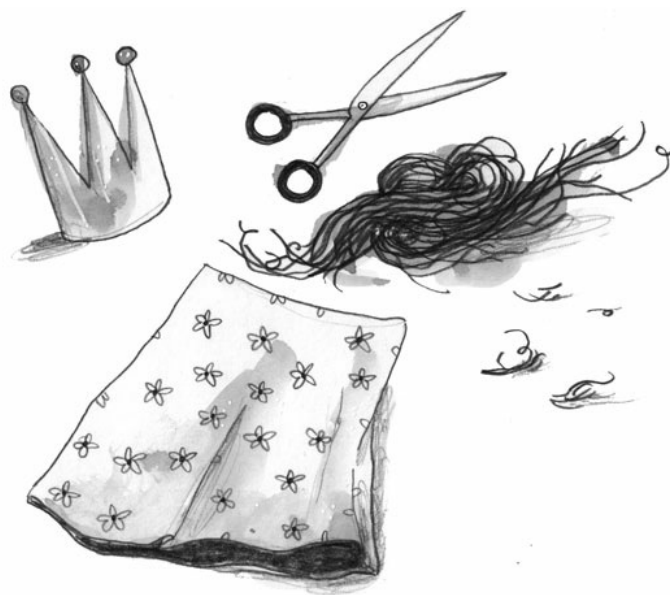
—¡Ay, amiga! Construyo esta valla por la misma razón por la que tú viajas. Hubo un tiempo que yo también buscaba la libertad en cientos de lugares del mundo hasta que entendí lo que en realidad significaba ser libre.

El viejo leñador soltó su hacha y, mirando a los ojos de la chica, sentenció:

—Por eso clavo estos maderos: porque aprendí que la libertad no es conquistar lo que está fuera de la valla, sino decidir lo que quieres mantener dentro de ella.

LA LIBERTAD NO CONSISTE EN QUITAR LA VALLA, SINO EN
ELEGIR QUÉ ES LO QUE CON ELLA QUIERES RODEAR.





EL MISMO CUENTO DE SIEMPRE

Érase otra vez una princesa que vivía en un gran castillo de un lejano reino. Violeta, que así se llamaba, vivía presa de un hechizo. Cuando era niña, una malvada bruja lanzó sobre ella un conjuro que la condenó a vivir encerrada en la torre de aquel castillo hasta que encontrase el amor verdadero.

La vida de la princesa era aburrida y solitaria. Sin mucho que hacer en lo alto de la torre, pasaba las horas peinando su larga melena a la espera del caballero que acudiera a rescatarla.

Así transcurrieron muchos años hasta que una mañana, asomada al balcón, observó que su cabello había crecido tanto que ya casi alcanzaba el suelo. En ese momento, un fuerte sentimiento atravesó su pecho. «¿Cuánto tiempo habré perdido ya? ¿Cuánto tiempo más debo seguir esperando? ¿Y si mi príncipe azul no aparece nunca?» La princesa volvió su mirada hacia el interior de la torre y, recogiendo su cuidada melena, se acercó al armario. Nerviosa, abrió las puertas y rebuscó entre sus vestidos hasta dar con su pequeño tesoro: una caja donde, desde hacía mucho tiempo, escondía unos pantalones, un par de cómodos zapatos y algunas camisetas.

Sin esperar un segundo más, se despojó de su valioso y ceñido vestido de princesa, se vistió con su nueva ropa y se aproximó al espejo. Parecía una mujer distinta, pero aún

faltaba lo más importante... Violeta abrió un pequeño cajón de su tocador, de donde extrajo unas pesadas tijeras. Lanzó un profundo suspiro y, con decisión, la princesa acabó con su interminable melena.

Su agitada respiración se abrió paso entre el silencio y su mirada se clavó en el brillo que ahora desprendía su nuevo reflejo. Entonces ocurrió algo extraordinario: después de años esperándolo bajo los efectos de aquel hechizo, por fin había encontrado el verdadero amor. Estaba ahí, justo enfrente de ella, en el espejo.

Violeta supo que ese era el momento de marcharse y, tras guardar el resto de su nueva ropa en una maleta, escribió una nota para el príncipe azul.

Querido desconocido:

Me cansé de esperarte.

Tengo otros planes para mí:

voy a vivir mi vida.

La princesa agarró la maleta con determinación, abrió la puerta y descendió por las casi intransitables escaleras de la torre. Cuando se hallaba a las puertas del castillo, apoyó la maleta en el suelo, echó la vista atrás y observó cómo gran parte de su pasado se quedaba allí encerrado para siempre.

Roto el hechizo, Violeta entendió la verdadera moraleja de su cuento. Solo existe una persona capaz de salvarte y hacerte feliz: Tú mismo.

... y colorín colorado el verdadero cuento de Violeta, por fin, ha comenzado.

NI PERDICES, NI PRÍNCIPES AZULES, NI PRINCESAS EN
APUROS :
TU VIDA EMPIEZA FUERA DEL CASTILLO.





ASTRONOMÍA DE UNA DECISIÓN

En el ecuador de Saturno vivía Orión, un extraterrestre que desde pequeño tenía un sueño muy especial: viajar a través de la Vía Láctea.

Sus estanterías estaban repletas de libros sobre estrellas, nebulosas y constelaciones, y sus días transcurrían al lado de un gran telescopio desde el que contemplaba las maravillosas vistas que la galaxia le ofrecía. Cada noche, Orión soñaba con construir un enorme cohete espacial.

Una mañana, cansado de mirar su gran ilusión a través de los cristales del telescopio, decidió ponerse manos a la obra. Quería visitar tantos lugares como le fuera posible, así que no se conformó con hacer un cohete como todos los demás. El suyo debía ser muy rápido, ¡extremadamente rápido!, capaz de viajar de una estrella a otra más rápido que la propia luz.

Tras varios meses de arduo trabajo y preparación, el cohete se hallaba listo para el despegue. ¡Estaba muy cerca de lograr su sueño! Subía muy lentamente la escalera que le permitiría alcanzar la aeronave, cuando de pronto, una idea le vino a la mente. «¿Y si no he apretado bien todos los tornillos de la cubierta?» Recordaba haberlo hecho ya tres

o cuatro veces antes, pero seguía teniendo dudas: «¿Y si pudieran apretarse un poco más?».

FINAL 1

Decidió entonces bajar del cohete y apretar una vez más cada uno de los cientos de tornillos que contenía la estructura.

Ahora sí, dispuesto a partir, volvió a adentrarse en su precioso cohete. Nuevamente, un pensamiento interrumpió su despegue: «¿Y si encontrara un material aún más resistente?». Según había leído, atravesar la atmósfera no era algo sencillo. «¿No sería mejor asegurarse y reforzar toda la nave? Quizá, si consiguiera más aluminio...»

Así, día tras día, Orión iba retrasando el lanzamiento de su cohete. Cuando no era por los tornillos, era por los cristales, por las alas, los motores o el cuadro de mandos. Siempre había una pieza que se podía mejorar o un material más adecuado por el que sustituir al anterior.

Orión, tras años y años de mejoras y búsqueda de materiales, continuaba en Saturno. Tuvo el mejor cohete de toda la galaxia, pero nunca llegó a conocer la Vía Láctea.

FINAL 2

A pesar de todos sus temores, Orión mantuvo la calma y se sentó junto al cuadro de mandos. Después de todo, había trabajado duramente y, en el caso de producirse algún imprevisto, lo resolvería cuando este se presentara. Ahora no era el momento de dejar salir sus miedos. ¡Ahora era el momento de perseguir su sueño!

Con la mirada fija en el cielo, Orión activó los motores. 3, 2, 1... ¡Un ruido ensordecedor precedió al despegue!

Tan rápido era su cohete que a los pocos segundos ya había atravesado el anillo que rodeaba su planeta. Al echar la vista atrás pudo contemplar el precioso paisaje. Orión no daba crédito, nunca había pensado que viviera en un lugar tan hermoso.

Su primer destino era Casiopea y, después, viajaría hasta la constelación de Andrómeda. Según sus anotaciones, allí podría encontrar algunos de los colores más bellos de todo el universo.

Antes de alcanzar la primera parte de su misión, Orión bordeó Júpiter, con tan mala fortuna que uno de los asteroides que giraban alrededor del enorme planeta golpeó contra una de sus alas.

El veloz cohete perdió aceleración. Necesitaba ser reparado cuanto antes. Para ello, detuvo su nave en el lugar más cercano que pudo vislumbrar. Se trataba de Metis, un extraño y pequeño satélite con forma de meteorito.

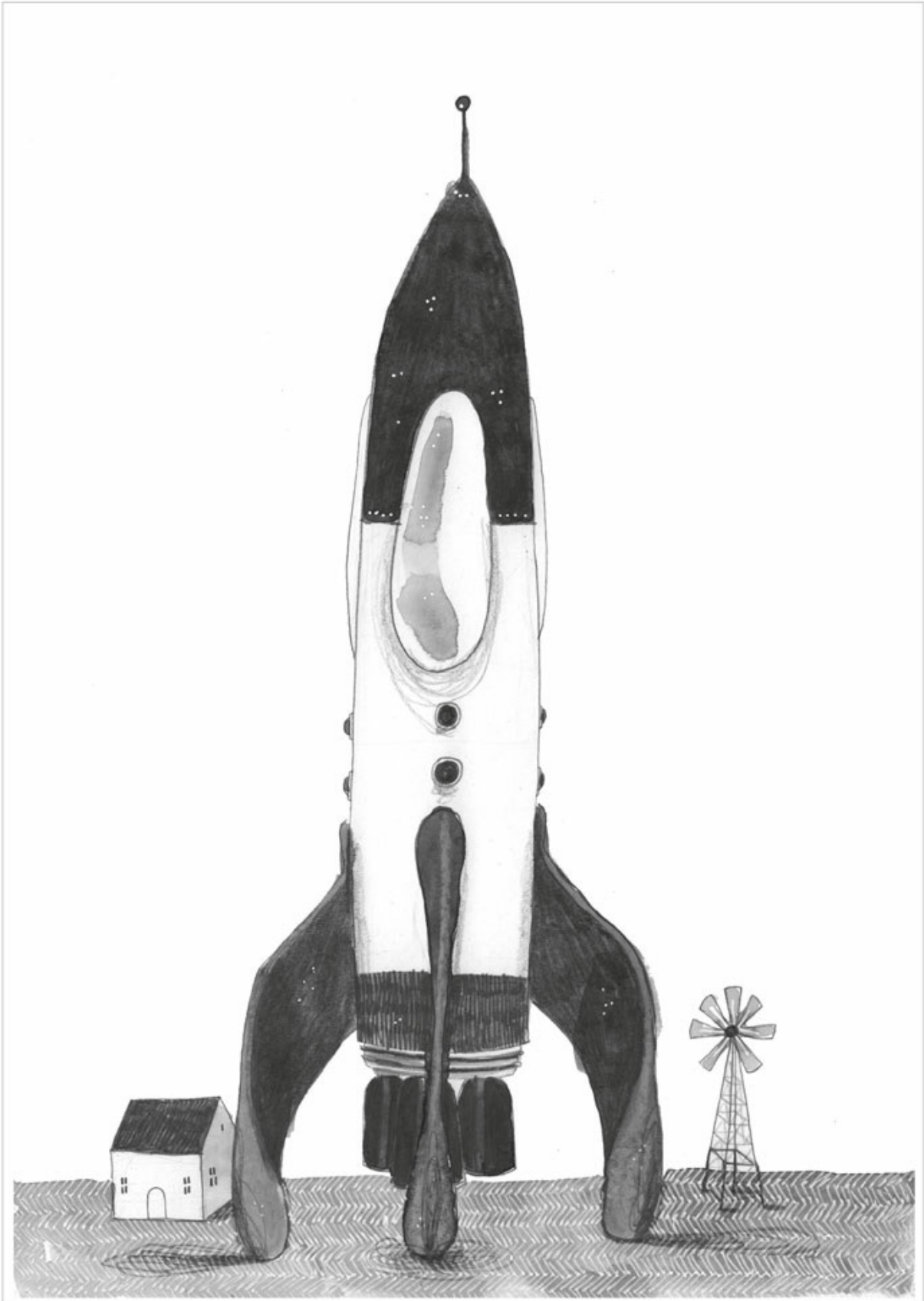
Una vez allí, buscó entre sus cráteres cualquier material que le pudiera servir. Tras varias horas de búsqueda, halló lo que parecía ser titanio. «¡Estoy salvado!», gritó aliviado. Con ese resistente material pudo confeccionar unas finas láminas con las que reparó finalmente su nave, poniendo de nuevo rumbo a su ansiada Casiopea.

Aquello era tal y como lo había soñado. Siempre boquiabierto, Orión recorrió cada una de sus estrellas, de norte a sur. En cada parada exploraba el territorio para reparar los daños que, a lo largo de su viaje, iba sufriendo su cohete. Nada podía detenerle.

Tras aquella maravillosa constelación vino Andrómeda y, tras ella, la estrella Polar, y, por último, Perseo, desde donde pudo contemplar como nunca antes la asombrosa lluvia de estrellas.

Tras meses de aventuras —y alguna que otra reparación— Orión descubrió que, a pesar de no tener el mejor cohete de la galaxia, había podido cumplir su sueño: recorrer toda la Vía Láctea.

LO MEJOR ES ENEMIGO DE LO BUENO.
SOLO TÚ ELIGES EL FINAL DE TU HISTORIA.





EPÍLOGO

Pasado el tiempo nos damos cuenta de algo.
Y es que no podemos curarnos solos.
Necesitamos de los demás para poder continuar.
Porque dentro del bolso siempre hay algún objeto perdido.
Muy al fondo.
Que no se usa.
Escondido.
Con miedo a ser utilizado, también.
Un objeto que ha olvidado para qué servía.
Pasado el tiempo nos damos cuenta de algo.
Y es que nosotros somos ese objeto.
Enterrado entre cientos de exigencias y pensamientos ajenos.
Por dentro, estamos nosotros.
Con muchas posibilidades heridas.
Pero con cientos de ellas intactas.

Esperando a que las nombremos para aparecer.
Pasado el tiempo nos damos cuenta de algo.
Y es que no somos nosotros los que estamos rotos.
Ni los que necesitamos ser reparados.
Son nuestros miedos, inseguridades y culpas los que han sido destrozados.
Los que se amontonan a nuestros pies haciendo un pantano sólido.
Los que nos impiden seguir.
Así que tenemos que arreglarlos.
Recoger del suelo todos estos temores, esa indecisión y aquel tropiezo.
Darles cariño.
Hasta que les crezcan alas de nuevo.
Y puedan volar lejos.
Antes o después de todo.
Dejándonos un poco más libres.
Pasado el tiempo nos damos cuenta de algo.
Y es que no hay certezas.
Solo hay personas aquí que se preocupan por nosotros.
Por que estemos bien.
O al menos, mejor.
Que transforman las palabras en semillas.
Y nos las ponen debajo de la lengua hasta que nos tranquilizamos.
Que plantan ideas buganvilla en nuestras cabezas.
Que nos invaden.
Para luego estallar.
Floreciéndonos.
Hay personas que nos cuentan historias para calmarnos.
Porque les importamos.
Pasado el tiempo nos damos cuenta de algo.
Y es que las tormentas no se van.
Porque nosotros también somos la tormenta.
Solo nos queda salir de dentro.
Abrir la puerta, cerrar los ojos, levantar la cabeza hacia la lluvia.
Para recordar de nuevo.

Que siempre fuimos resistentes al agua.

AGRADECIMIENTOS

Los días realmente importantes de nuestra vida nunca aparecen marcados en el calendario. Las situaciones y personas que siempre recordaremos al echar la vista atrás van a llegar un día de diario y cuando menos lo esperemos, pero, aun así, dejarán una huella que marcará nuestra historia personal para siempre.

Y es que, aunque nosotros seamos los que dirigimos nuestros pasos con las decisiones que tomamos, se dan otro tipo de circunstancias que no dependen exclusivamente de nosotros: las *causalidades*.

Solo nosotras sabemos lo que significó aquel curso donde nos conocimos. Solo nosotras sabemos lo que significó aquella dinámica compartida. Solo nosotras sabemos lo definitiva que fue aquella llamada de teléfono en verano.

Ambas sabíamos que aquellas *causalidades* solo podían ser el inicio de algo bonito. Lo que no sabíamos ninguna de las dos era todo lo que la vida nos tenía reservado los siguientes once años juntas.

Hemos vivido diferentes aventuras, sorteado algunos obstáculos y aprendido por el camino que existen muchas maneras de reparar alas rotas. De entre todas ellas, una de nuestras preferidas —por su sencillez y eficacia— es el agradecimiento, por ser una de las formas más bonitas de acariciar el corazón de las personas.

Es por esto que, en este capítulo de nuestra vida llamado «Cumpliendo nuestro sueño», son muchas las caricias que queremos regalar. Tantas como manos han dado forma a nuestra ilusión a lo largo de estos años.

G-R-A-C-I-A-S. Así, en grande y despacito. Sí, sí: a ti que nos estás leyendo. Gracias por tus ojos, tu corazón y tu apoyo.

GRACIAS a mamá y papá. Por ser equipo incondicional, brújula y viento entre las

alas. Gracias por tanto cielo. Y, por supuesto, a uno de los espejos que siempre nos recordará nuestra esencia: nuestros hermanos. Sois la mejor familia que podríamos tener.

GRACIAS a la familia elegida como compañeros de vida, M&P. Por ser punto cardinal, de apoyo y de regreso... a casa. Por cada paso juntos. Por la complicidad. Por cada proyecto vital compartido. Por tanto amor, admiración y paciencia a partes iguales. Por dar alas, cuidar nuestro sueño y *echar siempre el corazón por delante*.

GRACIAS a nuestras pequeñas C&C. Por ocupar un lugar privilegiado en este viaje, en nuestra vida y en nuestro corazón. Sois una bonita manera de cuidar nuestro «niño interior». Y nunca lo olvidéis: entre todas las niñas del mundo, siempre os hubiéramos elegido a vosotras.

GRACIAS a todos los amigos que habéis compartido cada una de nuestras aventuras. Por los abrazos, por aligerar el equipaje y por latir en la misma sintonía. Jamás seríamos las que somos sin vosotros.

GRACIAS a todo el equipo de Penguin Random House, en especial a Laia Zamarrón, por su confianza e ilusión y por abrir de par en par las puertas de su *casa* con tanto amor; a Marta Latorre, por la paciencia, los mails siempre cargados de buena energía y los preciosos caballos alados que ofrecen sonrisas. Gracias, Gemma Xiol, por apostar por nosotras con este maravilloso regalo y a todos los editores, correctores y maquettistas, por crear tanta magia en cada página.

GRACIAS a Albert Arrayás por la sensibilidad en sus trazos y la empatía para traducir cada cuento en ilustraciones. En ti hemos encontrado el complemento perfecto para dar vida a nuestras historias. ¡Artista!

GRACIAS a Pablo Arribas, por la dedicación, la alegría y el amor. Por regalarnos tu especial forma de ver el mundo; por ser inspiración, corazón y alas. Gracias por estar al lado de nuestro sueño en todo momento y por dejarnos formar parte de tu *universo de lo sencillo*, valiente. Esto —entre tantas cosas— no sería tan bonito sin ti. Gracias por ser (*mi*) persona hogar.

GRACIAS a Roy Galán, por ser regalo.

Por tu especial manera de susurrar

con palabras lo que el corazón pide a gritos.

Eres el mejor broche de oro

que jamás podríamos imaginar.

El último abrazo del libro que sabe a un «Hasta pronto».

Pero que nunca termina.

Gracias, *Irrepetible*.

GRACIAS a las miles de personas que han pasado por nuestros cursos de formación, apostando por la inteligencia emocional como una filosofía de vida.

GRACIAS a todos los seguidores de Reparando Alas Rotas por haber confiado desde el principio en nuestras alas. Por abrazarnos con palabras en cada publicación. Todo esto, también, es gracias a vosotros.

GRACIAS a todas las *causalidades* que han hecho que hoy nuestro sueño sea una realidad.

Pero esto no es un final.

Esto es, tan solo, el principio del cuento.

**Una colección de cuentos ilustrados originales y creados
para crecer, inspirar y hacer volar la imaginación.**

#CuentosParaCrecerPorDentro

Lo que aprendí de los cuentos es que siempre, siempre, el protagonista encuentra la manera.

Lo que aprendí de la vida es que siempre, siempre, podemos crear nuestro final feliz.



***Cuentos para crecer por dentro* es un emocionante viaje de transformación personal a través de los sentimientos, valores y aprendizajes que repararán tus alas y acariciarán tu corazón para siempre.**

De las creadoras del proyecto Reparando Alas Rotas.

Prólogo de Pablo Arribas.

Epílogo de Roy Galán

Ilustrado por Albert Arrayás.

Nekane González y Virginia Gonzalo, especialistas en inteligencia emocional y apasionadas de la educación y la salud mental, llevan más de quince años dedicadas al desarrollo personal en diferentes ámbitos, con el fin de dotar a las personas de recursos y competencias socioemocionales.

Juntas forman Reparando Alas Rotas, un bonito proyecto con el que nos ayudan a crecer por dentro a través de sus libros, regalos emocionales y cursos de desarrollo personal. Bajo el lema: «Llegar a la cabeza a través del corazón de las personas», nos ofrecen una hoja de ruta para acercarnos a la felicidad y hacer nuestros sueños realidad.

Edición en formato digital: abril de 2017

© 2017, Nekane González y Virginia Gonzalo

© 2017, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 2017, Albert Arrayás, por las ilustraciones

© 2017, Pablo Arribas, por el prólogo

© 2017, Roy Galán, por el epílogo

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial / Manuel Esclapez

Ilustración de portada: © Albert Arrayás

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-16588-34-3

Composición digital: M.I. Maquetación, S.L.

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Índice

Cuentos para crecer por dentro

Prólogo

Las coordenadas de la felicidad

Una sutil diferencia

A través de la tormenta

La oveja que no quería ser negra

La chica que no podía soñar

El amor de Lorenzo

El buzón de la calma

Un hospital diferente

La estación de las oportunidades perdidas

Un gesto invisible

El talismán

El pueblo de las palabras olvidadas

A ras del sueño

Antártida

Un corazón a contratiempo

La libertad de la valla

El mismo cuento de siempre

Astronomía de una decisión

Epílogo

[Agradecimientos](#)

[Sobre este libro](#)

[Sobre las autoras](#)

[Créditos](#)

Índice

Cuentos para crecer por dentro	2
Prólogo	6
Las coordenadas de la felicidad	8
Una sutil diferencia	16
A través de la tormenta	20
La oveja que no quería ser negra	26
La chica que no podía soñar	31
El amor de Lorenzo	36
El buzón de la calma	41
Un hospital diferente	47
La estación de las oportunidades perdidas	54
Un gesto invisible	60
El talismán	67
El pueblo de las palabras olvidadas	72
A ras del sueño	77
Antártida	83
Un corazón a contratiempo	88
La libertad de la valla	95
El mismo cuento de siempre	99
Astronomía de una decisión	103
Epílogo	110
Agradecimientos	113
Sobre este libro	116
Sobre las autoras	117
Créditos	118